

Colección Tesoros

- 1. *Libro de horas de Carlos V*, Javier Docampo y Samuel Gras
- 2. *Dante Alighieri: tradición manuscrita y figurativa de la Comedia*, Michele Curnis
- 3. *La belleza del cosmos: Astronomicum Caesareum*, Carmen García Calatayud y Azucena Hernández Pérez
- 4. *Incunable: la imprenta llega a España*, Fermín de los Reyes Gómez
- 5. *Leonardo da Vinci. Los códices Madrid I y II*, Elisa Ruiz García
- 6. *Cantar de mio Cid. El códice*, Alberto Montaner Frutos
- 7. *Beato de Liébana. La fortuna del Códice de Fernando I y Sancha*, Sandra Sáenz-López Pérez
- 8. *Miguel Hernández: el poeta que hacía juguetes. Ausencias y últimos cuentos para su hijo*, José Carlos Rovira
- 9. *Persia en la Biblioteca Nacional de España*, Saeideh Ghasemi y Fernando Escribano Martín
- 10. *Un universo de imágenes: el Skylitzes Matritensis*, Manuel Antonio Castiñeiras González
- 11. *Arte y anatomía en el Renacimiento. Juan Válverde de Amusco y la Historia de la composición del cuerpo humano*, David García López, José Ramón Marcaida López y Sergio Ramiro Ramírez

El Atlas Agnese de la Biblioteca Nacional de España (1544) es uno de los numerosos atlas que compiló un cartógrafo genovés afincado en Venecia que trabajó para el emperador y rey de España Carlos I. Es uno de los primeros atlas del mundo, de hecho, algo anterior a que se acuñara el propio término de *atlas* para designar una colección de mapas. Que sepamos, también es el primero que incluyó en un mapamundi oval el itinerario de la primera vuelta al mundo, la célebre circunnavegación de Magallanes y Elcano (1519-1522), un viaje fortuito, accidentado y fundacional de la Edad Moderna. Aquí, sin embargo, más que la gesta, nos interesa el gesto: ese acto característico de la primera globalización, efectuar un *nostos* circular, siguiendo el curso del sol, sin desandar el camino. Imitado por piratas, naturalistas y exploradores, consagrado en la Ilustración como epítome del progreso y la expansión de Occidente, en este libro repasamos formas y versiones del viaje alrededor del mundo hasta la época de las exposiciones universales y la de los primeros vuelos aeronáuticos.

La colección TESOROS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA pretende dar a conocer y poner en valor piezas singulares y significativas de nuestro Patrimonio Bibliográfico. Las grandes obras que custodia la BNE, la primera biblioteca de fondos en español del mundo, glosadas en una serie de breves monografías escritas por los más destacados especialistas y profusamente ilustradas. Manuscritos, incunables, mapas, raras y únicas ediciones, pero también fotografía, *ephemera* y fondos musicales.

12

TBNE

9 788492 462988

EL ATLAS AGNESE

12

EL ATLAS AGNESE  
MAPAS Y LIBROS PARA DAR  
LA VUELTA AL MUNDO

TEXTO  
JUAN PIMENTEL

Juan Pimentel es Investigador Científico en el Instituto de Historia, CSIC. Ha sido *visiting scholar* en la Universidad de Cambridge y profesor invitado en el Centro Alexandre Koyré, EHESS, París. Entre sus libros figuran *La física de la Monarquía. Alejandro Malaspina 1754-1810* (Doce Calles, 1998); *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración* (Marcial Pons, 2003); *El Rinoceronte y el Megaterio* (Abada, 2010, traducido y publicado en inglés por Harvard University Press, 2017); y *Fantasmas de la ciencia española* (Marcial Pons, 2020). Ha sido comisario de las exposiciones *Cartografías de lo desconocido* (BNE, 2017, con Sandra Sáenz López), *Una vuelta al mundo en la BNE* (BNE, 2020, de donde procede este libro) y *Europa: 12 mapas y un proyecto* (BNE, 2023). Junto a su hermano Paco Pimentel, ha dirigido y realizado la serie documental *Tesoros y fantasmas de la ciencia española* (FILMIN, 2021).





**EL ATLAS AGNESE  
MAPAS Y LIBROS PARA DAR  
LA VUELTA AL MUNDO**

- © De los textos: el autor
- © De esta edición: Biblioteca Nacional de España
- © De las imágenes:
  - © Archives nationales (France), CP/F/12/4352, pièce 2
  - © Archivo Fotográfico del Museo Nacional del Prado
  - © Biblioteca Nacional de España
  - © Courtesy of the John Carter Brown Library
  - © Herzog August Bibliothek Wolfenbüttel
  - © Mitchell Library, State Library of New South Wales
  - © Museo Naval de Madrid

diseño de la colección: Estudio Joaquín Gallego

maquetación: Museoteca

impresión: Producción Gráfica Integral Global, S.L.

NIPO: 191-24-017-0 (PDF)

NIPO: 191-24-016-5 (impreso)

DL: M-19908-2024

ISBN: 978-84-92462-98-8

Imagen de cubierta: Derrotero de la primera vuelta al mundo.  
Battista Agnese, Atlas, 1544. BNE, RES/176 [Fragmento]

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado  
<https://cpage.mpr.gob.es>



**EL ATLAS AGNESE  
MAPAS Y LIBROS PARA DAR  
LA VUELTA AL MUNDO**

**TEXTO**

**JUAN PIMENTEL**





INTRODUCCIÓN	9
UN SUEÑO CIRCULAR	19
RODEAR LA TIERRA	49
ATLAS Y GLOBOS	73
FANTASÍAS ESFÉRICAS	93
BIBLIOGRAFÍA	115





# INTRODUCCIÓN

«Nunca los antiguos tuvieron tanto conocimiento del mundo que el sol circunda y recorre en venticuatro horas como tenemos ahora por la industria de los hombres de este nuestro siglo.»

Maximiliano Transilvano, 5 de octubre de 1522

Así anunciaba el secretario del emperador y rey de España Carlos I la proeza de la nao Victoria, la única embarcación de la flota de Magallanes que regresó a la península ibérica. Lo había hecho por el lugar opuesto por donde había zarpado, esto es, completando un viaje alrededor del mundo. Era la primera vez que una nave rodeaba el globo. Años atrás el soberano les había enviado a «aquel mundo extraño, y por tantos siglos jamás ahora sabido, a buscar y descubrir las islas en las cuales es el propio nacimiento de la especiería»<sup>1</sup>. Maximiliano Transilvano comunicaba desde

---

<sup>1</sup> «Carta escrita por Maximiliano Transilvano de cómo y por qué y en qué tiempo fueron descubiertas y halladas las islas Molucas», en Juan Sebastián Elcano, Antonio Pigafetta, Maximiliano Transilvano, Francisco Albo, Ginés de Mafra y otros, *La primera vuelta al mundo*, Madrid: Miraguano Ediciones/Ediciones Polifemo, 2018, p. 15.

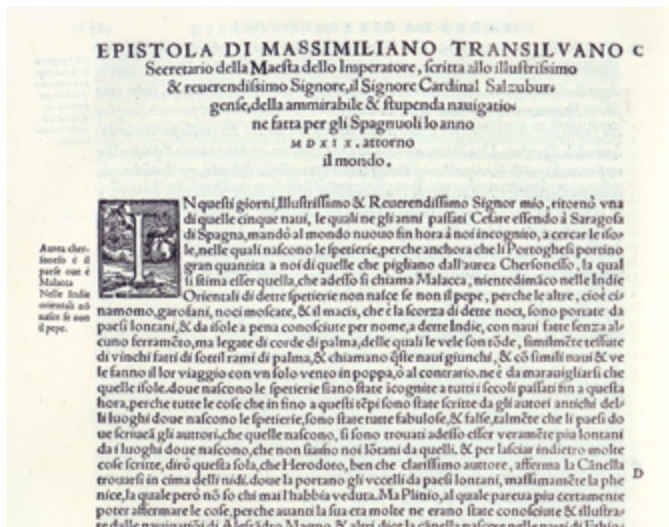


Fig. 1. Epístola de Maximiliano Transilvano. Giovanni Batista Ramusio, *Delle nauigatione et viaggi*, 1554. BNE, RI/12 (fol. 383v).

Valladolid la noticia del feliz regreso; el destinatario de su misiva (Mateo Lang, cardenal de Salzburgo, antiguo patrono suyo) se encontraba en Núremberg [fig. 1]. Tan solo había pasado un mes desde que los dieciocho supervivientes de la Victoria habían alcanzado, harapientos y en sus huesos, Sanlúcar de Barrameda.

Desde ese mismo puerto habían zarpado tres años atrás, el 10 de agosto de 1519, acometiendo una empresa no buscada, que desafiaba la lógica pero no la cosmografía, un viaje imprevisto, insensato y singular. Navegando hacia poniente y emulando el curso del sol, la flota española había atravesado el Nuevo Mundo por el meridión tras dar con el estrecho que desde entonces llamamos de Magallanes. En este grabado alegórico de Adriaen Collaert, basado en un dibujo original de Johannes Stradanus y que luego De Bry incorporó a su famosa serie americana, vemos precisamente



Fig. 2. Fernão de Magalhães. Adriaen Collaert, *America Retectio*, 1580-1590. BNE, ER/2940 (estampa 4).

cómo el astro en forma de Apolo ilumina a Magallanes, que sigue su curso [fig. 2].

Sufrieron mil penalidades y atravesaron el Pacífico, un océano inédito para los europeos, la mayor superficie de agua salada del planeta. Alcanzaron las Molucas (las islas de las especias) por esta ruta, viniendo desde América. Este era el objetivo, no volver por donde lo hicieron. El plan original era lanzarse contra el Pacífico de nuevo para regresar por donde habían venido, por la ruta española, es decir, por el hemisferio que desde el Tratado de Tordesillas caía bajo jurisdicción hispana. Se trataba de llegar a las Molucas desde América y regresar por esta vía, abriendo una nueva ruta para el comercio de las especias. En absoluto querían dar la vuelta al mundo. Como ocurre tantas veces en la historia del conocimiento, esto fue un resultado no buscado, fruto de las

circunstancias y en cierta medida del azar, ese viento que nunca conviene menospreciar.

Perdieron naves y muchos la vida, entre ellos el propio Magallanes, que cayó en uno de esos encuentros mal gestionados con las poblaciones autóctonas. En la lejana playa de Mactán, una pequeña isla de las Bisayas —uno de los tres grandes archipiélagos que constituyen las Filipinas—, Magallanes quiso castigar a un jefe local en una disputa que mantenía con otro pueblo de la región, pero calculó mal las fuerzas y fue abatido. Otros integrantes de la flota fueron apresados por los portugueses, establecidos en las Indias Orientales, adonde habían arribado desde Goa, su cabeza de puente para llegar a estas regiones

Sin embargo, la nao Victoria, cargada con el tesoro natural del momento —el clavo aromático (*Syzygium aromaticum*)—, y capitaneada por Juan Sebastián Elcano, consiguió hacerse a la vela desde Tidore y puso rumbo hacia Occidente de nuevo, cruzando el hemisferio luso, la mitad del mundo que en virtud de las bulas pontificias «pertenecía» a los portugueses. En 1494, en Tordesillas, las dos naciones ibéricas habían acordado repartirse el globo con el beneplácito y la sanción del Papa: trazaron un meridiano a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde y se repartieron sus áreas de expansión e influencia, suponiendo que en las antípodas de esa línea un antimeridiano dividiría el globo en dos mitades exactas, lo que se firmó años después en el Tratado de Zaragoza (1529). Se trataba de una colosal fantasía geométrica, como puede figurarse el lector, pues en esa época calcular la longitud con precisión era una quimera. Y no digamos proclamarse soberanos de tierras que ni siquiera alcanzaban a ver. Cuentan que el rey francés, ante el reparto del mundo entre Portugal y España, pidió al Papa que le enseñara el testamento de Adán. Quería verlo por escrito.

Lo cierto es que en esta segunda parte del viaje, una vez muerto Magallanes, Elcano capitaneó la Victoria desde las Molucas por latitudes extremadamente meridionales hasta el océano Índico,

sorteando así las naves y los puertos portugueses. Doblaron el cabo de Buena Esperanza y regresaron a la península ibérica tras rodear el globo. Esta segunda navegación fue tan temeraria o más que la que los había llevado a atravesar el Pacífico.

Consumada la gesta, igual de heroica que accidental, Maximiliano Transilvano podía proclamar que Heródoto fabulaba cuando decía que la canela procedía del nido del Ave Fénix o que Plinio se equivocaba cuando la localizaba en Etiopía, la tierra de los trogloditas. Podía cuestionar que en las zonas tórridas existieran razas monstruosas como aseguraban ambos. En los recientes viajes de descubrimiento no se habían hallado rastros de pigmeos, cíclopes o esciápodos (hombres pequeños, de un solo ojo y un solo pie, respectivamente). La geografía de la antigüedad clásica tenía grietas, cada vez más visibles. También su historia natural y sus nociones sobre los pueblos de la Tierra, su antropología, diríamos hoy. Los antiguos no conocían el mundo como nosotros, parece escucharse a cada párrafo en esa carta que escribe Transilvano desde Valladolid a su corresponsal en Núremberg. La navegación de Magallanes y Elcano, jamás vista en edades pasadas, «ni aun tentada por persona alguna», dejaba el mundo cercado y el globo abierto<sup>2</sup>.

\* \* \* \* \*

Hace unos pocos años vivimos el quinto centenario de la primera circunnavegación, una efeméride que invita a pensar qué significa rodear la Tierra, qué impacto tuvo en el mundo del conocimiento y cómo se reflejó en los mapas y en los libros. Al penetrar por el Pacífico y conectar América con Asia, la circunnavegación de Magallanes y Elcano (1519-1522) demostró que los océanos estaban

---

2 Entre la amplia literatura generada por el quinto centenario de la primera circunnavegación, nos permitimos recomendar Isabel Soler, *Magallanes & co.*, Barcelona: Acantilado, 2022, y nuestro Ximena Urbina y Juan Pimentel (ed.), *El viaje de Magallanes, 1520-2020*, vol. extraordinario *Magallania*, n.º 48, 2020.



Fig. 3. Europa. Adriaen Collaert, *Los cuatro continentes*, 1588-1589. BNE, ER/1599 (estampa 1).

comunicados, trazó nuevos márgenes para la Ecúmene (*oikouménē*, la Tierra habitada) y desencadenó la globalización.

Por eso, quizás más que la gesta, nos interesa el gesto: contra el relato olímpico convencional, contra esa historia competitiva, nacionalista e individualista, nos interesa menos quién fue el primero en rodear nuestro planeta (seguramente Enrique de Malaca, un esclavo malayo que viajaba a bordo de la flota española, como veremos) que las implicaciones de un acto físico y simbólico reiterado desde entonces. Si Magallanes siguió el curso del sol, como en el grabado de Collaert, otros muchos siguieron su rumbo. Rodear el globo fue primero una hazaña náutica, después un gesto de la Ilustración y la edad del progreso, hasta

llegar a los días de la aviación, el turismo, las órbitas espaciales e internet, cuando podemos navegar virtualmente por toda la superficie terrestre y por océanos de información sin levantar-nos de una butaca.

Además, tan importante como rodear la Tierra fue siempre mostrarlo, contarlo. No por casualidad la edad de las circunnave-gaciones fue «la época de la imagen del mundo», según la fórmula de Heidegger, que es también la edad de la imprenta y el libro<sup>3</sup>. Ha-blamos de mapas y atlas, pero también de cuadernos de bitácora,



Fig. 4. Asia. Adriaen Collaert, *Los cuatro continentes*, 1588-1589. BNE, ER/1599 (estampa 2).

3 Me refiero a la conferencia que Heidegger dio el 8 de junio de 1938 en la Universidad de Friburgo (Brisgovia, Alemania), donde era profesor. Conocida posteriormente bajo el título de «La época de la imagen del mundo», ha sido publicada en numerosos lugares y ediciones recopilatorias.



literatura de viajes y naturalmente hablamos también de bibliotecas. Pensar en los libros del mundo es una ocasión para pensar en los mundos del libro. Al fin y al cabo, ¿qué es una biblioteca sino un pequeño microcosmos, un lugar donde recorrer y perderse por estrechos y laberintos, un espacio también algo real y algo imaginario, tan esférico e incompleto como el propio mundo?

Entre los numerosos tesoros de la Biblioteca Nacional de España relacionados con la vuelta al mundo de Magallanes y Elcano, y las que la siguieron, hemos elegido unos cuantos mapas, grabados, diarios, impresos, libros, publicaciones periódicas y hasta *ephemera*, esos materiales que de no ser por las bibliotecas se perderían.

No es fácil elegir una obra. Todas ellas son excepcionales por algún motivo, sea por lo que cuentan, por quién las hizo o quién era



Fig. 5. África. Adriaen Collaert, *Los cuatro continentes*, 1588-1589. BNE, ER/1599 (estampa 3).



Fig. 6. América. Adriaen Collaert, *Los cuatro continentes*, 1588-1589. BNE, ER/1599 (estampa 4).

su propietario, sea por su rareza o su belleza. El *Atlas* de Battista Agnese reúne todos estos méritos y alguno más. Por eso ocupa un lugar central en nuestro recorrido por estas joyas vinculadas a la circunnavegación de Magallanes y Elcano, y a otros viajes, reales y figurados, alrededor del globo.

Hemos dividido el trayecto en cuatro jornadas, quizás porque es un número mágico en la cosmografía clásica y en el pensamiento antiguo, rescatado por el Humanismo. Cuatro eran los humores del cuerpo humano; cuatro los elementos, y antes de que Australia emergiera a finales del siglo XVIII, también eran cuatro los continentes, cada uno con sus atributos, como se aprecia en la conocida serie de estampas dibujadas por Maerten de Vos y grabadas también por Adriaen Collaert a finales del siglo XVI [figs. 3, 4, 5 y 6].

África aparece representada como una mujer desnuda montada sobre un cocodrilo, rodeada de animales monstruosos, aunque un obelisco al fondo avisa de la noble genealogía egipcia que la dignifica. Asia es una mujer ricamente vestida que agita un incensario, señal del prestigio de su civilización y también de su exotismo, asociado a lo sensible. La jirafa que se divisa en el paisaje obedece a las confusiones habituales entre la fauna africana y la asiática. América, a su vez, figura desnuda, igual de salvaje que África, montada sobre un armadillo gigante, un animal que llamó la atención de los primeros cronistas y que llegó a representar la naturaleza del Nuevo Mundo. Sus armas, es decir, su belicosidad, y la escena de canibalismo de la izquierda justifican la de la derecha, la conquista. Europa, como era previsible, se presenta sentada sobre un globo terráqueo, blandiendo su cetro y recogiendo un racimo de uvas, símbolo de la fertilidad. No hay duda de su hegemonía. Es una visión del mundo obviamente eurocéntrica.

Nuestro recorrido tiene cuatro etapas. La primera es «Un sueño circular», donde repasaremos algunos datos de la primera circunnavegación y del Atlas Agnese, de Magallanes y otros estrechos. La segunda es «Rodear la tierra», un episodio dedicado a algunos famosos nautas, a ciertos libros que inmortalizaron sus gestas y a la tierra del fin del mundo. La tercera se centra en «Atlas y globos», dos dispositivos que encierran y representan el mundo. En la cuarta nos asomamos a algunas «Fantasías esféricas», maneras alternativas de viajar y abrazar la Tierra en otras embarcaciones y en otros momentos de la historia.

## UN SUEÑO CIRCULAR

Ni Magallanes ni Elcano buscaban dar la vuelta al mundo, sino abrir una nueva ruta hacia las Molucas el primero y regresar con vida y un cargamento de clavo el segundo. No buscaban rodear la Tierra. Tampoco Colón deseaba descubrir América y, de hecho, el genovés murió sin ser consciente de que sus navegaciones habían desvelado un Nuevo Mundo. Son datos que nos recuerdan el carácter azaroso y fortuito de los descubrimientos, pero también la naturaleza retrospectiva y construida que tienen las tradiciones científicas, en este caso, la historia de la geografía.

No obstante, Transilvano captó inmediatamente el significado de la hazaña y comparó a los dieciocho supervivientes que llegaron a Sevilla con los antiguos argonautas. A su juicio, la nao Victoria debía figurar entre las estrellas, pues mientras Jasón había navegado desde Grecia por el Ponto, la nao española había partido de Sevilla contra el Mediodía, «y dando allí vuelta contra el Occidente», había penetrado hasta las partes orientales para regresar finalmente a Sevilla [fig. 7]. En palabras del veneciano Giovanni Battista Ramusio, geógrafo humanista y editor de viajes, se trataba de «una de las cosas más grandes y maravillosas que se han ejecutado en nuestro tiempo y aun de las empresas que sabemos de los antiguos,



Fig. 7. Detalle de la nao Victoria. Abraham Ortelius, *Theatro d'el Orbe de la Tierra*, 1612. BNE, GMG/1147 (mapa 6).

porque ésta excede en gran manera a todas las que hasta ahora conocemos»<sup>4</sup>. Héroes por accidente, su hazaña contribuyó a desencadenar el mundo moderno.

El mapamundi en proyección oval del Atlas Agnese registra la derrota de la flota de Magallanes alrededor del globo [fig. 8]. Recoge además otra ruta comercial recién inaugurada, la del oro, desde el Perú a España, pasando por Panamá, dibujada en el mapa con una línea dorada. Sabemos que este Atlas fue compuesto en 1544 para el rey Carlos I de España, el emperador Carlos V, así como ciertos detalles sobre otros mapas de este y otros atlas de Battista Agnese, un cartógrafo genovés afincado en Venecia, una

4 Ramusio, «Discurso de M. Gio. Battista Ramusio sopra il viaggio fatto dagli Spagnuoli intorno al mondo», en Giovanni Battista Ramusio, *Delle Navigazioni et Viaggi*, Venecia: apresso i Giunti, 1613, p. 346.

gran capital de la producción cartográfica y los saberes geográficos en el Quinientos.

Pero antes de recordar estos detalles, fijémonos en el derrotero, el itinerario que dibujan las naves de Magallanes y que solo la Victoria pudo completar. Es un mapa único, pues recoge este primer viaje azaroso e inaugural que estamos comentando. Luego vendrían muchos otros. Desde entonces, el viaje alrededor del mundo ha sido una experiencia única, el gesto cosmopolita por antonomasia. En lugar de regresar desandando el camino, el viajero avanza hacia delante sin otra meta que volver sin dar un paso atrás, una vuelta sin retorno, por así decirlo, un regreso sin rendición. Si el *nostos* de Odiseo (el regreso al hogar, el tema del poema homérico) era una vuelta que entrañaba naufragio, pérdida y anhelo del pasado (de ahí *nostalgia*), el del viaje circular es un *nostos* sin derrota, un triunfo sobre el espacio y hasta sobre el tiempo, una victoria planetaria. Ningún acto, ningún gesto, refleja mejor la globalización desde entonces ya imparable, la conversión del globo terráqueo en la nueva esfera, una placenta donde flota la humanidad<sup>5</sup>.

En todo caso, la primera gran dificultad que hubo de sortear el primer viaje circular, el obstáculo colosal, fue América. Al ver un mapa del estrecho de Magallanes nos hacemos cargo de lo extremadamente difícil que debió de ser atravesarlo por primera vez, un auténtico laberinto de bahías y entradas ciegas que solo la pericia y la fortuna pudieron salvar. Sin embargo, el mapa que acompaña a la relación de Pigafetta, el cronista de la navegación, simplifica la realidad [fig. 9]. Es casi un croquis, una visión sintética. Está orientado hacia el sur. A la izquierda se sitúa el Atlántico; a la derecha el «mare Pacífico»; abajo el río de Juan Díaz de Solís (el Río de la Plata). Se leen otros topónimos: el puerto de San Julián, donde las naves

---

5 Para una fenomenología del espacio esférico, Peter Sloterdijk, *Esferas*. III vols., Madrid: Siruela, 2017-2018.



Fig. 8. Derrotero de la primera vuelta al mundo. Battista Agnese, *Atlas*, 1544. BNE, RES/176 (fol. 13v-14r).









Fig. 10. Ginés de Mafra, «Libro primero que trata del descubrimiento y principio del estrecho que se llama de Magallanes». *Descubrimiento del Estrecho de Magallanes*. BNE, RES/18 (fol. 8v-gr).

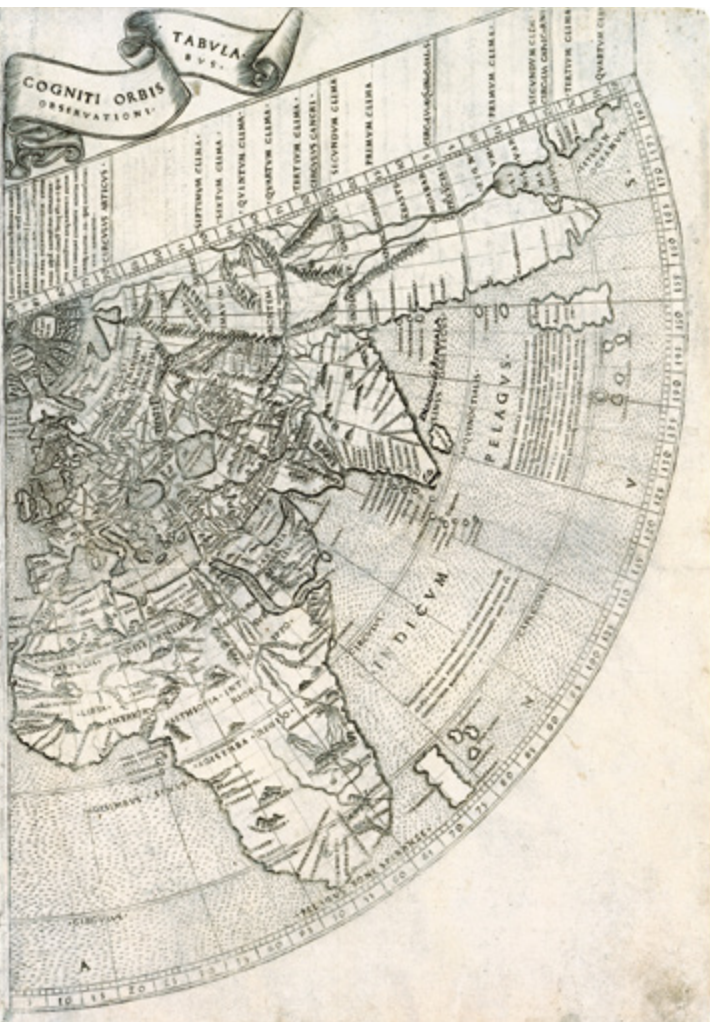
pasaje describe el estado anímico del comandante en unos momentos dramáticos. En medio del laberinto, entre la Patagonia y la Tierra de Fuego, más allá de los *cincuenta rugientes*, en un corredor eólico situado en una latitud extrema donde el viento helado soplaba a más de 130 km por hora, Ginés recuerda:

«Aquí estaba Magallanes muy pensativo, a ratos alegre, a ratos triste, porque cuando le parecía que aquel era el estrecho que él había prometido, alegrábase tanto que decía cosas de placer, luego tornaba triste si por alguna imaginación le parecía que no era aquel»<sup>6</sup>.

6 Ginés de Mafra, «Libro primero que trata del descubrimiento y principio del estrecho que se llama de Magallanes», *Descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, BNE, RES/18, h. 1-28v, 8v.



Fig. 11. Johannes Ruysch, *Mapamundi*, 1507. BNE, R/20753 (fol. 108).





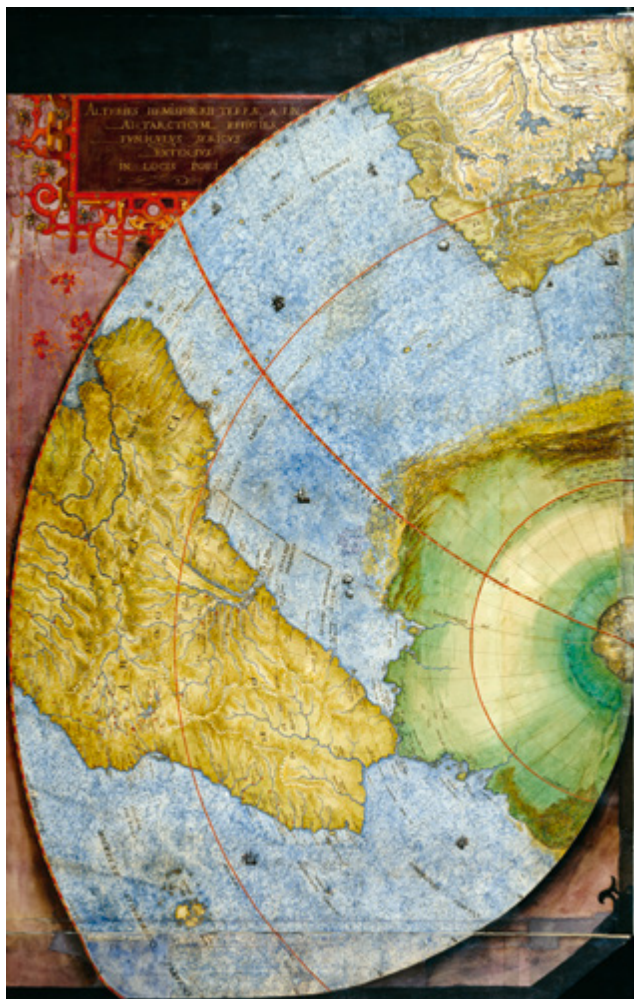


Fig. 12. Hemisferio sur. Christian Sgroten, *Orbis Terrestris Descriptio*, 1592. BNE, RES/266 (tabla III, lám. 1).



Es inevitable volver al grabado de Collaert [fig. 2], donde encontramos a ese nauta ensimismado, atado a sus instrumentos como Ulises a su mástil, asolado por la ilusión y la melancolía, los dos ingredientes habituales de cualquier búsqueda, o mejor, como escribió Claudio Magris: por la utopía y el desencanto<sup>7</sup>.

Pero ¿qué hacían las naves de Magallanes allí? ¿Por qué buscaban ese paso? Ya lo hemos dicho: América, el continente imprevisto, era un obstáculo para acceder a las Indias Orientales. De hecho, durante décadas no se supo bien si aquel mundo era nuevo o formaba parte de alguna región asiática. Debía de estar conectado con la Península Dorada (Aurea Chersonesus) y el Gran Golfo (Magnus Sinus) de la geografía ptolemaica, es decir, con la península malaya y el golfo de Tailandia. Colón creyó que las Antillas eran unas islas cercanas a Cipango y hasta Tenochtitlán, la gran metrópolis del valle de Anahuac que Cortés acabó por doblegar, a muchos europeos les pareció una urbe del imperio del Gran Kan. Hay muchos rastros de estas ideas sobre la contigüidad entre América y Asia, la confusión continental que se prolongó durante décadas y que puede adivinarse en mapas como el planisferio de Johannes Ruysch de 1507, una proyección cónica de Ptolomeo actualizada con los recientes descubrimientos de españoles y portugueses [fig. 11]<sup>8</sup>.

El Nuevo Mundo era una sorpresa; el océano Pacífico, un gigante completamente imprevisto. Los cálculos del perímetro terrestre se habían quedado muy cortos. El globo de Núremberg (1492), el globo terráqueo más antiguo conservado, refleja ese error, una esfera reducida, sin espacio para América, con un océano a poniente de Europa que comunicaba con Asia. Es el mismo error de cálculo que reprodujo Paolo dal Pozzo Toscanelli, un cosmógrafo florentino cuyo mapa debió de ver Colón. Toscanelli tradujo mal unos

7 Claudio Magris, *Utopía y desencanto*, Barcelona: Anagrama, 2005.

8 Elizabeth Horodowich y Alexander Nagel, *Amerasia*, Princeton: Princeton University Press, 2023.

datos de la *Geografía* de Ptolomeo, o interpretó mal la medida incierta de un estadio. El caso es que el globo terráqueo tenía cerca de 40 000 km, y no cerca de 29 000, por decirlo en medidas actuales. El mundo era una cuarta parte más grande de lo que se pensaba.

Sin embargo, a diferencia de América, el estrecho era una necesidad geográfica, un imperativo para acceder al Moluco por la ruta occidental, toda vez que la oriental estaba controlada por los portugueses. Suele encontrarse lo que se busca. De hecho, solo se encuentra lo que se busca y se desea con fuerza. La flota española cruzó el estrecho necesario y atravesó el inmenso desierto azul. Alcanzó las islas de Poniente, que más adelante se llamarían Filipinas, en honor a Felipe II. Descendieron hacia las Molucas. Trataron en vano de regresar por donde habían venido, atravesando de nuevo el Pacífico. Al no poder hacerlo, los supervivientes bajo el mando de Elcano pusieron proa hacia el suroeste y retornaron por la ruta portuguesa. El Atlas Agnese celebra la gesta y la ofrece al soberano, su promotor. Siempre hubo mapas para viajar y otros para adornar y dar prestigio a sus propietarios. Unos tienen usos prácticos; otros, simbólicos. El Atlas Agnese es de los segundos.

También lo es otro atlas magnífico, el *Orbis Terrestris Descriptio* (ca. 1592), otra de las joyas cartográficas de la BNE, obra de Christian Sgrooten, un cartógrafo flamenco que trabajó para Felipe II. Aquí reproducimos uno de sus mapas, el hemisferio sur [fig. 12]. Es un mapa cordiforme (en forma de corazón), una proyección que remite a un tema clásico, las relaciones entre el microcosmos y el macrocosmos, las analogías del pequeño mundo del hombre, por decirlo con Francisco Rico<sup>9</sup>. Es un mapa manuscrito, iluminado con delicadeza en verdes, azules, ocre y dorados. Una obra suntuosa, hecha para un rey.

Visto con algo de perspectiva, este planisferio meridional nos sirve para apuntar que quizás el gran descubrimiento, el objeto que emergió a la luz —no del todo, no completamente— tras

---

9 Francisco Rico, *El pequeño mundo del hombre*, Barcelona: Destino, 2005.



los viajes ibéricos que abrieron el globo y cercaron el mundo no fuera América o el Pacífico, sino más bien el hemisferio sur. Bartolomeu Dias y Vasco de Gama habían penetrado al océano Índico rodeando África por el cabo de las Tormentas (hoy cabo de Buena Esperanza). Magallanes y Elcano también descendieron a latitudes meridionales inéditas. El propio Colón había buscado el sur, las zonas tórridas donde el oro estaba garantizado y sus pueblos podrían dominarse y convertirse<sup>10</sup>. Visto así, la primera globalización supuso la incorporación de ese otro hemisferio que permanecía oculto a los antiguos y cuyos océanos y continentes tardaron en aflorar para los occidentales. Allí, al fondo del mar del Sur acabaría emergiendo Australia a finales del siglo XVIII.

El planisferio de Sgrooten muestra en su hoja occidental el estrecho de Magallanes, entre el Nuevo Mundo y una Tierra de Fuego que se creía parte de un continente austral de grandes e indeterminadas proporciones, un continente fantasma, la Terra Australis (a veces llamada Tierra Magallánica). Aún no se había doblado el cabo de Hornos. En la hoja oriental aparecen Nueva Guinea, Java y las Molucas, las Indias Orientales, un panal de archipiélagos confuso y casi orgánico sobre el que durante siglos se proyectaron tesoros en forma de especias, naturalezas milagrosas e islas imaginarias. Es un mapa que invita a soñar. Allí, en los trópicos de las antípodas, mucho más allá de Gibraltar e incluso de Magallanes, había otro estrecho, el de Malaca, entre la península malaya y la isla de Sumatra, un paso con más tráfico marítimo entonces y ahora que ningún otro, pues conecta los mares de la China con el Índico, un hervidero de juncos, naves y hoy petroleros. Los portugueses no tardaron en darse cuenta de su importancia estratégica y tomaron Malaca en 1511.

---

10 Nicolás Wey Gómez, *The Tropics of Empire. Why Columbus sailed South to the Indies*, Cambridge, MA: MIT, 2008.



Fig. 13. Esfera armilar. Battista Agnese, *Atlas*, 1544. BNE, RES/176 (fol. 2r).



Fig. 14. Zodiaco. Battista Agnese, *Atlas*, 1544. BNE, RES/176 (fol. 2v-3r).

Magallanes, antes de proponer su viaje al rey español, había estado en la región y de hecho había participado en la conquista de Malaca, donde adquirió un esclavo que se llevó luego a la península ibérica por la ruta portuguesa (por el Índico y el Atlántico, doblando África). Es Enrique de Malaca, quien se embarcó con su señor en la flota española en 1519. A bordo de la Trinidad, el esclavo atravesó el Atlántico y el Pacífico hasta llegar a las Indias orientales, por lo que debió de ser el primer hombre en rodear la Tierra, el primero en regresar al lugar de origen por la ruta opuesta (si bien en dos tramos, en dos fases). Y decimos «debió de ser» porque tras morir Magallanes en las playas de Mactán (Filipinas) se pierde la pista de su esclavo. Intentó liberarse, no se sabe si llegó a Tidore, aunque tampoco si era malayo o filipino, es decir, jamás sabremos con seguridad quién fue el primer hombre que dio la primera vuelta al mundo, aunque probablemente fuera él.



Fig. 15. Hemisferio norte. Battista Agnese, *Atlas*, 1544. BNE, RES/176 (fol. 14v-15r).

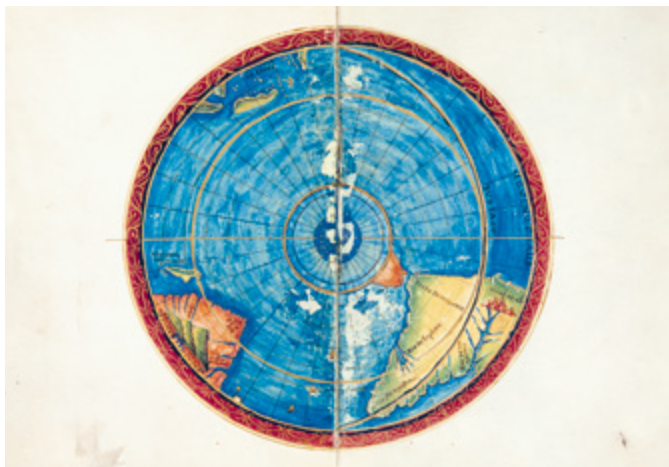


Fig. 16. Hemisferio sur. Battista Agnese, *Atlas*, 1544. BNE, RES/176 (fol. 4v-5r).



Fig. 17. Portulano del hemisferio occidental. Battista Agnese, *Atlas*, 1544. BNE, RES/176 (fol. 4v-5r).







Fig. 18. Portulano del hemisferio oriental. Battista Agnese, Atlas, 1544. BNE, RES/176 (fol. 5v-6r).





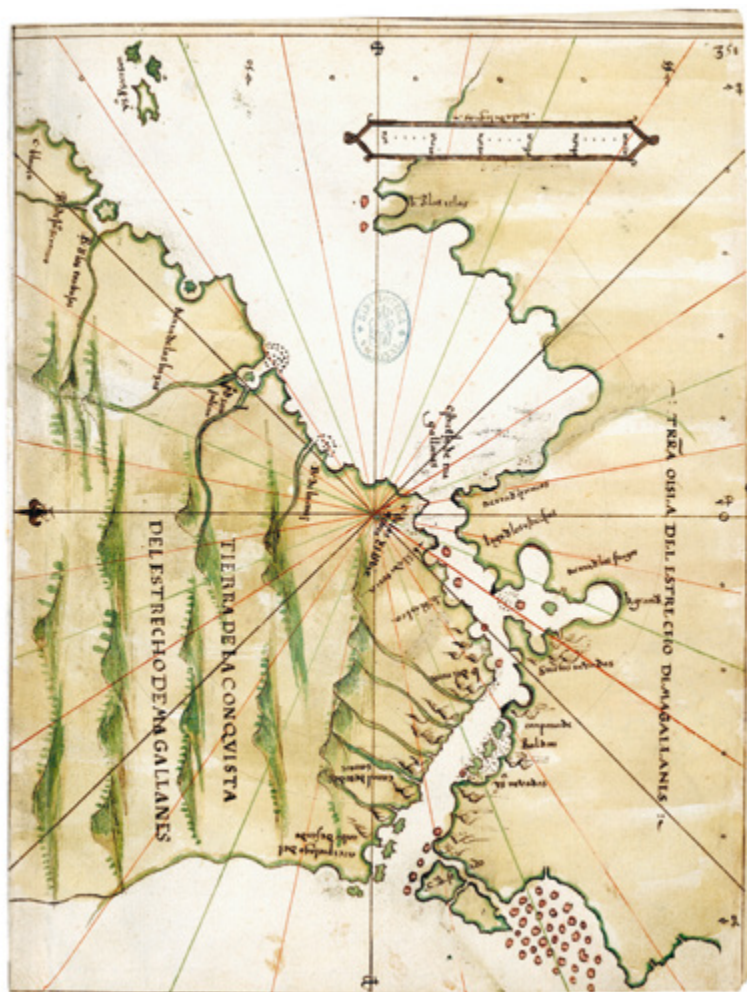


Fig. 19. Estrecho de Magallanes. Alonso de Santa Cruz, *Islario general de todas las islas del mundo*, 1541. BNE, RES/38 (fol. 351).



Fig. 20. Estrecho de Malaca. Alonso de Santa Cruz, *Islario general de todas las islas del mundo*, 1541. BNE, RES/38 (fol. 279).

¿Qué tenemos? Un estrecho en la otra parte del mundo del que apenas hemos oído hablar y que resulta más transitado que cualquier otro, y un esclavo del que tampoco sabemos mucho, un héroe en la sombra que quizás fuera el primero en dar la vuelta al mundo. ¿Qué sabemos? Lo de siempre, que apenas sabemos nada, que Europa apenas es una península asiática y que los protagonistas de las gestas a menudo son casi anónimos, como en aquella maravillosa película de John Ford, *El hombre que mató a Liberty Valance*.

El Atlas Agnese de la BNE celebra la primera vuelta al mundo en ese mapamundi de proyección oval ptolemaica que dibuja el itinerario de la flota española [fig. 8]. Tratándose de una joya de la cartografía, un auténtico tesoro de la BNE, sería tentador afirmar que se trata de una pieza única, pero en realidad es uno de los cerca de sesenta atlas que realizó o mandó realizar en su escuela Battista Agnese, un cartógrafo de origen genovés afincado en Venecia de quien, en realidad, tampoco sabemos mucho más que de Enrique de Malaca. Otros atlas de Agnese semejantes al de la BNE se encuentran en la John Carter Brown Library (Providence, EE. UU.), la Huntington Library (San Marino, California, EE. UU.), la colección del barón Rothschild en París, la Biblioteca Nacional Rusa de San Petersburgo o el Museo Correr de Venecia.

Su estudioso más destacado, el bibliófilo, cartógrafo e historiador norteamericano Henry Raup Wagner (1862-1957), identificó tres tipos de atlas de Agnese en función de la información geográfica que registran<sup>11</sup>. Todos ellos fueron realizados entre 1536 y 1564. Los del primer grupo, fechados entre 1536 y 1541, no incluyen la península de California, Yucatán figura como una isla y Taprobana aparece como Ceilán en el mapa oval. Los del segundo, donde se incluye el de la BNE, están fechados entre 1542 y 1552 y se hacen eco de los reconocimientos de Francisco de Ulloa por el golfo de

---

11 Henry R. Wagner, «The Manuscripts Atlases of Battista Agnese», *The Papers of the Bibliographical Society of America*, 1931, vol. 25, pp. 1-110.



Fig. 21. Joachim Patinir, *El paso de la laguna Estigia*, 1520-1524. Museo Nacional del Prado, MNP, P001616.

California. En estos atlas del segundo grupo aparecen ya la derrota de Magallanes y la ruta del oro peruano. Un tercer grupo de atlas, fechados entre 1552 y 1564, recogen Yucatán como una península, identifican a Taprobana como Sumatra y Escocia no aparece tan separada de Inglaterra como en los anteriores.

La tipología de Wagner ha sido respetada y asumida por especialistas más recientes en los atlas de Agnese, entre los cuales figuran Carmen Lítér y Francisca Sanchís, dos bibliotecarias de la BNE y reconocidas especialistas en sus fondos cartográficos, así como la propia Marica Milanesi, una de las grandes historiadoras de la cartografía renacentista y en concreto de los círculos venecianos en los que se movieron Agnese, Gastaldi y Ramusio<sup>12</sup>. Fue allí, en Venecia, donde se publicó en 1528 el islario de Benedetto

12 Carmen Lítér, Amadeo Serra y Francisca Sanchís, *La cartografía de Agnese. La primera vuelta al mundo de Magallanes financiada por Carlos V*, Valencia: Patrimonio Ediciones, 2007; Marica Milanesi, *Atlante nautico di Battista Agnese (1553)*, Venecia: Marsilio Editori, 1990.

Bordone que incluía un mapa oval como el del Atlas Agnese y que seguía a su vez las trazas del modelo grabado por Francesco Roselli en Florencia en 1507. Este último también tenía dibujados los doce angelotes o soploes característicos alrededor del mundo, como el de Agnese. Son los doce vientos que gobiernan las navegaciones en todo el globo con sus nombres griegos y latinos, desde los vientos fríos del norte que empuja Boreas hasta los cálidos y tormentosos con que azota Auster el final del verano austral.

Incorporar los nuevos descubrimientos a mapas de proyección ptolemaica (es decir, procedentes de la obra del sabio alejandrino que vivió en el siglo II de nuestra era) fue uno de los rasgos distintivos de la cartografía del Quinientos, un saber que debía conjugar la ampliación de horizontes de los nuevos hechos con los modelos clásicos recuperados y reproducidos gracias a la imprenta. Durante el Renacimiento, en los saberes astronómicos y geográficos ocurrió algo semejante a lo que sucedió en la medicina, la materia médica o la historia natural: hubo que adaptar las tradiciones galénicas, hipocráticas, dioscorideas o plinianas a la avalancha de nuevos datos, nuevas especies, nuevas epidemias y nuevas observaciones de fenómenos naturales.

El bellissimo mapa oval de Agnese enlaza de manera un tanto naïf los nuevos descubrimientos con una representación esquemática de los continentes, algunos ríos y cordilleras prominentes [fig. 8]. Se distinguen fácilmente los montes de la Luna (los orígenes inciertos del Nilo); el mar Rojo, cuyo color rojizo imita el del golfo de California; una Escandinavia afilada hacia el Polo Norte; la cordillera del Himalaya, y un estrecho de Magallanes que deja paso al sur a una incógnita geográfica. A diferencia de las proyecciones cónicas o pseudocónicas de Ptolomeo, los paralelos lo son y los meridianos resultan cilíndricos, regidos por uno central, recto, el que pasa por la isla de El Hierro.

Pero el Atlas Agnese tiene además otros mapas e ilustraciones dignos de admiración y comentario. Para empezar, se abre con

dos ilustraciones singulares: una esfera armilar y un zodiaco, dibujados y coloreados ambos con gran delicadeza, ofreciendo en el centro de ambas representaciones un globo terráqueo que nos muestra el hemisferio atlántico. Son dos ilustraciones deudoras de una concepción aristotélica y geocéntrica del cosmos [figs. 13 y 14]. De los dieciséis folios del Atlas, los dos últimos recogen sendas proyecciones acimutales de los hemisferios boreal y austral. En el primero se aprecia cómo Asia y América están conectadas en latitudes septentrionales [fig. 15]. En el segundo apenas asoman los perfiles meridionales de África, las Molucas y Magallanes, una imagen dominada por el azul intenso de los Mares del Sur [fig. 16]. Según Wagner, probablemente estos dos últimos mapas no fueron obra de Agnese<sup>13</sup>.

Entre esas dos ilustraciones iniciales y los dos hemisferios finales aparecen diez mapas portulanos propiamente dichos, que se suceden desde uno del océano Pacífico hasta otro del mar Egeo, inmediatamente anterior al mapamundi oval que hemos comentado. Son ilustraciones magníficas centradas en los mares del mundo y que recogen con algo más de detalle el Mediterráneo, no en vano, «el espacioso cuarto de la vieja mansión donde generaciones de europeos aprendieron a andar», como vino a decir Joseph Conrad<sup>14</sup>. El Mediterráneo era también el espacio asociado a las cartas portulanas, esos mapas hechos para navegar, caracterizados por las líneas de rumbos, la tela de araña y los topónimos en negro y rojo de los puertos. Las cartas portulanas o cartas náuticas procedían de los libros de navegación bajomedievales que registraban los escollos, las incidencias, los detalles de las costas y los puertos. La edad clásica de los portulanos fueron los siglos XIV y XV, aunque sobrevivieron hasta el siglo XVIII como objetos de lujo para coleccionistas, príncipes y mecenas. Hay dos grandes

13 Wagner, «The Manuscripts Atlases of Battista Agnese», *op. cit.* n. 8, p. 73.

14 Joseph Conrad, *El espejo del mar*, Barcelona: Orbis, 1988, p. 183.

escuelas de cartas portulanas, la mallorquina o aragonesa, y la italiana, centrada en Génova y Venecia. Tony Campbell y el resto de los especialistas han debatido sus rasgos formales, préstamos e influencias, uno de los episodios de la historia de la cartografía más fascinantes y controvertidos<sup>15</sup>. Ideados para representar el mar interior donde desplegaron sus artes y sus redes comerciales los pueblos de la Antigüedad, los reinos medievales, musulmanes, cristianos y judíos, a partir de 1500 los mapas portulanos se desplazaron a oriente y occidente para representar las dos Indias y los nuevos mares. Basta con recordar que el primer mapa que recogió las tierras del Nuevo Mundo, la carta de Juan de la Cosa, es también una carta portulana.

Los tres primeros mapas del Atlas Agnese son tres cartas portulanas de los océanos Pacífico, Atlántico e Índico. Superpuestos, forman un mapa del mundo como el del padrón real elaborado en la Casa de Contratación. Aquí reproducimos el del Atlántico, donde destaca el Nuevo Mundo con su frondosa selva tropical, iluminada en oro y verde [fig. 17], y el del Índico, en el que aparecen África desdibujada, la isla de Sumatra como Taprobana y ocho soplonos bajo sus nombres en italiano [fig. 18]. Son los dos espacios privilegiados de la expansión ibérica, las rutas abiertas por los viajes de descubrimiento impulsados por las coronas de Portugal y Castilla.

Con ser excepcional, el Atlas Agnese no es único o no está solo. En la misma BNE se encuentran otras obras muy cercanas en cronología, factura e intención. Tenemos por ejemplo el *Islario general de todas las islas del mundo* (1541) de Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo real, que también participa del mismo deseo de registrar el orbe entero, si bien esta vez son más de cien los mapas dibujados

---

15 Tony Campbell, «Portolan Charts from the Late Thirteenth Century to 1500», John B. Harley & David Woodward (eds.), *The History of Cartography. Volume 1*, Chicago: University of Chicago Press, 1987, pp. 371-463.



a mano sobre el papel. Uno de ellos refleja el estrecho de Magallanes, el laberinto que dio paso al vasto océano que poco a poco se fue desvelando para los ibéricos [fig. 19]. Por el otro extremo también se estaban asomando desde Goa y al poco desde Malaca, la ciudad situada en el estrecho por el que circulaban a diario miles de juncos y donde Tomé Pires, boticario portugués, dijo que se hablaban más de ochenta lenguas. También le dedica un mapa al estrecho de Malaca el *Islario* de Santa Cruz [fig. 20]. Frente a la ciudad de Malaca se situaba Sumatra, la gran isla identificada por algunos con Taprobana, cuya sombra había perseguido Colón en sus viajes al Caribe.

Islas reales o imaginarias, cargadas de especias y tesoros, puertos deseados o del desengaño, cabos de las tormentas o del encuentro, la geografía de los descubrimientos tiene en los estrechos uno de sus argumentos clásicos, una de sus peripecias favoritas.

En los meses de octubre y noviembre de 1520, justo cuando Magallanes aprovechaba la primavera austral para atravesar el estrecho que acabaría llevando su nombre, muy lejos de allí, en el otoño centroeuropeo, el maestro flamenco Patinir estaba encerrado en su taller pintando *El paso de la laguna Estigia*, una tabla al óleo que hoy cuelga en el Museo del Prado y que en su día debió de colgar en el cuarto de verano de El Escorial, en las habitaciones privadas de Felipe II [fig. 21]. Es una obra de una belleza hipnótica. Un alma en pena transita en la barca de Caronte por otro estrecho crucial, el inevitable. Vacila entre desembarcar a estribor, en un lugar paradisíaco, o a babor, en una costa lúgubre, con incendios y escenas oníricas. Es el infierno, por el que parece haber optado el barquero. El cuadro es una alegoría del libre albedrío, un debate erasmista de la época. Pero aquí nos interesa la sorprendente analogía, fortuita pero significativa, entre dos estrechos que comunican lo conocido y lo desconocido, los lugares familiares y los que no lo son.

Forzando el paralelismo, observamos llamas en la Tierra de Fuego y en el infierno. Hasta Caronte podría pasar por un barbudo Magallanes o un gigante patagón. Ahora bien, entre un viaje y otro hay una diferencia apreciable. Del segundo nadie regresó jamás. Es el tránsito por antonomasia. Elcano y otros afortunados solo lograron aplazarlo. El de Guetaria dio con él años después —cómo no— en el mar del Sur, un mar que siempre parece de azurita en el imaginario europeo, que siempre tuvo algo de paradisiaco desde sus antípodas. Murió de escorbuto o intoxicado en aquel infierno azul. Iba de nuevo rumbo a las Molucas.

## RODEAR LA TIERRA

Quizás lo más llamativo de la primera circunnavegación sea su carácter trágico, una aventura siempre a punto de fracasar y siempre rescatada por un giro inesperado de guion. Carlos I envió a las Molucas una flota de cinco naos a las órdenes de Fernando de Magallanes y solo por azar, por una sucesión de hechos imprevistos y dramáticos, la empresa se convirtió en una proeza náutica que se llevó por delante al capitán, a cuatro de las cinco naves y a prácticamente toda la tripulación, originalmente compuesta por unos doscientos cincuenta hombres.

El primero de estos giros tuvo lugar en la bahía de San Julián, donde hubieron de permanecer para resguardarse del invierno austral antes de navegar al sur en busca de un paso cuya existencia desconocían y que se iba a mostrar como un dédalo prácticamente infranqueable. Allí se produjo un motín que Magallanes aplacó con medidas drásticas: ajustició a dos de sus cabecillas y ordenó dejar abandonado en la bahía a un tercero. Autoritario y audaz a partes iguales, Magallanes es uno de esos héroes malditos de la historia [fig. 22]. Considerado traidor en su país de origen, Portugal, en España siempre ha sido visto con algo de recelo, como un advenedizo que buscaba su gloria antes que la de su país de



Fig. 22. Fernando Magallanes. Crispijn van de Passe, *Effigies regum ac principum*, 1598. BNE, ER/138 (lám. 13).

adopción<sup>16</sup>. El nacionalismo ha hecho el resto. Buena muestra de ello fueron las tensiones entre Portugal y España que salpicaron las celebraciones del quinto centenario hace unos pocos años.

Juan Sebastián Elcano ha experimentado una suerte inversa [fig. 23]. Héroe por accidente, apenas se le menciona en la crónica de Pigafetta, el humanista que contó el viaje al mundo. Sin embargo, a su figura se aferran los relatos que quieren hacer del viaje una gesta netamente española, un hecho olímpico donde alcanzan la gloria los héroes, los nuevos argonautas, y las naciones que reclaman retrospectivamente haberlos alumbrado.

<sup>16</sup> Isabel Soler, *Magallanes & co.*, op. cit. n. 2, p. 10.

Fig. 23. José López Enguidanos y Luis Fernández Noseret, *Juan Sebastián Elcano*, 1791. BNE, ER/303 (lám. 104).



Pero es imposible entender la empresa sin la figura de Magallanes, sin su experiencia previa en Malaca y su participación en la expedición dirigida por António de Abreu junto con Francisco Serrão, su corresponsal luego, quien le esperaba años después en Ternate, una de las principales islas de las Molucas. Tampoco se entiende la navegación sin la figura de Ruy Faleiro, el cosmógrafo portugués y gran aliado de Magallanes que ideó el descubrimiento de la especiería por la ruta occidental.

Están los portugueses, por descontado, pero también el véneto Pigafetta, Enrique de Malaca, el esclavo de Magallanes, y los numerosos pilotos nativos que fueron secuestrando desde las Filipinas y que les fueron guiando hasta las Molucas. Es decir, se trata

de una campaña obviamente financiada por la Corona de Castilla (y también por capital privado: se sabe que Cristóbal de Haro, un comerciante burgalés, y los Fugger, banqueros alemanes, sufragaron también la empresa), pero en la que participaron sujetos y actores «de otras naciones», algo que en la época quería decir simplemente nacido en tal o cual sitio. En una palabra: no parece conveniente hacer de una de las principales aventuras que dio paso a la globalización un asunto provinciano o parroquial.



Fig. 24. Elías Salaverría, *Regreso a Sevilla de Juan Sebastián Elcano*, 1944-1945. Museo Naval de Madrid, MNM 527.

Visto retrospectivamente, el regreso a Sevilla de la nao Victoria con sus veintiún supervivientes (dieciocho miembros de la tripulación original más tres indios de las Molucas) es un hito, una escena cargada de simbolismo. Las huellas del hambre y el escorbuto, los harapos raídos de los supervivientes tras este peculiar *nostos*, presiden el óleo de Elías Salaverría —el pintor a quien la diputación de Guipúzcoa encargó la obra para conmemorar el cuarto centenario en 1922—, una de cuyas copias cuelga en el Museo Naval de Madrid [fig. 24]. Esos rostros desencajados, esos nautas moribundos, nos recuerdan el precio que hubieron de pagar, lo cerca que estuvieron de acabar como Faetón, el hijo de Helios que se atrevió a conducir su carro por los cielos y se estrelló.

¿Caían las Molucas bajo soberanía española? Parecía que no, pese a lo cual se silenció u ocultó, igual que la dilatada navegación que separaba las Indias occidentales (el Nuevo Mundo) de las Indias orientales (las Filipinas y las Molucas). ¿Pudo establecerse un comercio lucrativo y sostenido con aquel archipiélago distante, fundado sobre el clavo y la nuez moscada, los dos productos más valiosos? A duras penas. En 1522 se fundó en A Coruña la Casa de la Contratación de la Especiería para gestionar el ramo, pero desapareció en 1529, tras firmar las coronas de Castilla y Portugal el Tratado de Zaragoza, el acuerdo que dibujaba el contrameridiano sobre el Pacífico y dejaba a las Molucas bajo soberanía portuguesa.

Carlos I concedió a Elcano una pensión generosa y le permitió grabar en su escudo de armas un castillo, unas especias, dos reyes asiáticos y un globo terráqueo sobre su armadura con la leyenda *Primus circumdedit me*, «el primero en rodearme». Con permiso de Enrique de Malaca, quizás lo fuera, y sin duda el de Guetaria debió de ser también uno de los primeros vasallos que incorporó a su escudo de armas un globo, un atributo reservado a Cristo o al emperador. El lema atrajo a muchos pretendientes. Lo encontramos por ejemplo en algunos libros de emblemas, asociado al rey Manuel I de Portugal, el afortunado, que efectivamente reinó en la





Fig. 25. *Primus circumdedisti me*. Salomon Neugebauer, *Selectorum Symbolorum*, 1619. Herzog August Bibliothek Wolfenbüttel (Alemania).

época de los grandes viajes lusos a Brasil, África y la India, pero que no patrocinó el viaje de Magallanes y que de hecho murió antes de que Elcano regresara a la desembocadura del Guadalquivir [fig. 25].

La circunnavegación fue un hecho tan extraordinario que para repetirse como tal, en una sola navegación, tuvieron que pasar casi sesenta años, cuando Francis Drake, corsario y vicealmirante inglés, lo logró de nuevo (1577-1580). Igual que Elcano, Drake hizo



Fig. 26. Francis Drake. Crispijn van de Passe, *Effigies regum ac principum*, 1598. BNE, ER/138 (lám. 16).

grabar en su escudo de armas la imagen de un globo terráqueo y el lema *Primus circumdedisti me*. Los piratas siempre fueron los mejores amigos de lo ajeno; la fama, el botín más codiciado [fig. 26].

No solo Elcano y quizás Enrique de Malaca. También Andrés Urdaneta, un marino y cosmógrafo, igualmente guipuzcoano, había dado la vuelta al mundo antes que Drake, aunque le llevó una década completarla. En 1525 zarpó en la expedición de García Jofre de Loaísa a las Molucas, en la que murieron el propio Loaísa y Elcano. No regresó por la ruta portuguesa hasta 1536. Marchó luego a México, donde se hizo fraile agustino, y no fue hasta 1565 cuando logró resolver el laberinto invisible del Pacífico, el régimen de vientos y corrientes que permitía navegar desde las Filipinas a la Nueva España. Se inauguraba el tornaviaje, la ruta del Galeón de Manila, una línea comercial que duró más de dos siglos y que constituyó el segundo acto más importante para la globalización tras la circunnavegación de Elcano<sup>17</sup>. Gracias al descubrimiento de esta ruta de regreso, Asia y América quedaron conectadas al margen de Europa. Las Filipinas pasaban a ser un «situado» (una dependencia) de la Nueva España. México, Manila y Cantón formaban un eje comercial mundial. Al igual que Malaca había desplazado a Gibraltar, ahora nuevos enclaves localizados en América y Asia sustituían a Venecia, Lisboa o Ámsterdam. Por estas rutas se globalizó ya en el siglo XVIII la primera moneda universal, el real de a ocho, también llamado el *Spanish dollar* o columnario de mundos y mares, pues en su reverso figuran los dos hemisferios del globo y las columnas de Hércules con la vieja divisa *Plus Ultra* que Carlos I, precisamente, había incorporado al escudo de armas de la corona.

Retengamos la imagen: los barcos cruzan los estrechos y penetran en otros mares, conectan océanos y trasladan mercancías y conocimientos. Las columnas de Hércules del mundo antiguo

---

17 Peter Gordon y Juan José Morales, *The Silver Way. China, Spanish America and the birth of globalisation, 1565-1815*, Londres: Penguin, 2017.

se trasladaron en la Edad Moderna desde Gibraltar a los estrechos de Magallanes y Malaca. *Plus Ultra*, reza el lema que aún figura en el escudo de armas de la bandera española, contradiciendo el que anunciaba el fin del mundo: *non plus ultra*, «no hay más allá». Sí lo había.

Veamos el frontispicio del *Regimiento de navegación* (1606) de García de Céspedes, un manual de navegación astronómica e hidrografía [fig. 27]. El barco representado es la nao Victoria, precisamente, cruzando las columnas de Hércules. La leyenda reza *Oceanum reserans navis Victoriam totum / Hispanum imperium clausit utroq.* Polo, cuya traducción sería más o menos: «la nave Victoria, al desvelar todo el océano, confinó el imperio español entre ambos polos», un dístico muy barroco que acentúa el contraste entre la apertura de la ruta oceánica y el dominio del globo bajo el cetro hispano<sup>18</sup>. Es una declaración más propagandística que real. Insinuar que la monarquía española gobernaba el mundo es algo grandilocuente y bastante inexacto. Su imperio era dilatado, sin duda, esto es, ancho, frágil y complejo.

El mismo motivo fue tomado para el frontispicio de otro libro, la *Gran Restauración* o *Novum Organum* (1620) de Francis Bacon, un tratado que pretendía levantar de nuevo el edificio del saber y sustituir el aristotélico. En esta ocasión figura un pasaje del libro de Daniel: «*Multi pertransibunt et augebitur scientia*», «muchos lo cruzarán y la ciencia crecerá». Una metáfora exitosa: el conocimiento como un viaje a tierras desconocidas, la aventura del saber [fig. 28]<sup>19</sup>.

En todo caso, no viene mal recordar que este motivo iconográfico, asociado al conocimiento y la exploración de nuevos horizontes, es decir, a la ciencia y la investigación, está grabado en la bandera

18 Pablo Toribio, latinista del CSIC, lo tradujo y me explicó el efecto literario.

19 Juan Pimentel, «The Iberian Vision. Science and Empire in the Framework of a Universal Monarchy, 1500-1800», *Osiris*, vol. 15, n.º 1, 2001. <https://doi.org/10.1086/649316>



Fig. 27. Andrés García de Céspedes, *Regimiento de navegación*, 1606. BNE, R/5640 (portada).

de España. Es uno de los referentes de nuestro pasado y nuestro legado cultural<sup>20</sup>.

La primera vuelta al mundo trajo a la vieja Europa algunas cosas que iban a perdurar en la memoria. Además de un cargamento de clavo, también llegaron desde las Molucas los restos de varios ejemplares de un ave extraordinaria que cautivaría a cientos de eruditos y naturalistas, desde Pigafetta a David Attenborough. Es la manucodiata o ave del paraíso, una especie exótica que parecía

20 Javier Fernández Sebastián, «Semper Plus Ultra. Modernidad y transgresión», Javier Fernández Sebastián y Faustino Oncinas (ed.), *Metáforas espacio-temporales para la historia. Enfoques teóricos e historiográficos*, Valencia: Pre-Textos, 2021, pp. 311-340.

Fig. 28. Francis Bacon, *Instauratio Magna*, 1620. BNE, 3/19146 (portada).



ápoda, es decir, sin patas, pues sus extremidades no llegaban en condiciones en los ejemplares disecados. El ave del paraíso fue durante siglos un ser preternatural, es decir, situado entre lo natural y lo sobrenatural, entre los asuntos mundanos y los celestes. Se pensaba que jamás se posaba en tierra, que siempre flotaba en las regiones aéreas, cerca de la divinidad. Venía a ser un *perpetuum mobile* viviente<sup>21</sup>.

Otra de las cosas extraordinarias que llegaron para quedarse fueron los gigantes de la Patagonia y los fueguinos, esos misteriosos

21 José Ramón Marcaida, *Arte y Ciencia en el Barroco Español*, Madrid: Marcial Pons, 2014, pp. 222 y ss.





Fig. 29. Estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego. Mapas de las costas de América en el Mar del Sur, siglo XVII. BNE, MSS/2957 (fol. 149).





habitantes que encendían hogueras en el desfiladero del estrecho al paso de la flota de Magallanes (de ahí el nombre de Tierra de Fuego). También fue Pigafetta quien inauguró un discurso desde entonces recurrente sobre la otredad primitiva y desmesurada de aquellos seres envueltos en pieles con los que contactaron por primera vez en la Bahía de San Julián y que acabaron por constituir un capítulo destacado de la etnografía europea<sup>22</sup>.

En la BNE se encuentran numerosas huellas de esta región singular, este mundo del fin del mundo que decía el escritor chileno Luis Sepúlveda, allí donde se aprecia la «muchacha destemplanza de la tierra», como contaba el propio Transilvano en su misiva<sup>23</sup>. Es el caso de este bellissimo mapa, coloreado a la aguada, incluido en un manuscrito que recoge diferentes mapas de las costas americanas del mar del Sur y que detalla los nombres de las ensenadas, ríos e islas de la Tierra de Fuego, así como el nuevo paso descubierto al Sur, el estrecho de Le Maire [fig. 29]. En 1616 dos navegantes holandeses hallaron este paso, situado entre la Tierra de Fuego y la isla de los Estados y que conduce directamente al cabo de Hornos. Tan solo tres años después, en 1619, la corona española organizó un viaje para explorar de nuevo la región y certificar los nuevos hallazgos geográficos. Es la expedición de los hermanos García Nodal, que penetró también por el estrecho que los españoles llamaban de San Vicente y que permitió que el cartógrafo de la expedición, Diego Ramírez de Arellano, levantara este mapa de la Tierra de Fuego, rebautizada aquí con el topónimo de Xátiva, de donde era natural el cartógrafo<sup>24</sup> [fig. 30].

---

22 Christine Barthe y Peter Mason, *Patagonie: Images du bout du monde*, París: Actes Sud-Musée du Quai Branly, 2012.

23 Luis Sepúlveda, *Mundo del fin del mundo*, Barcelona: Tusquets, 1994; María Jesús Benites, «La mucha destemplanza de la tierra: una aproximación al relato de Maximiliano de Transilvano sobre el descubrimiento del estrecho de Magallanes», *Orbis Tertius*, 2013, vol. 18, n.º 19, pp. 200-207.

24 David Rodríguez Couto, *Imperio y reputación. El viaje de los hermanos Nodal y su mundo*, Madrid: Marcial Pons, 2024.



Fig. 30. Diego Ramírez de Arellano, *Reconocimiento de los estrechos de Magallanes y San Vicente*, 1621. BNE, MSS/3190 (fol.1).



Fig. 31. Thomas Morris, Giovanni-Battista Cipriani, *View of the indians of Tierra del Fuego, 1827*. BNE, INVENT/80539.

Pero si hubo un viaje que popularizó la región entre los lectores europeos fue el del comodoro George Anson (1740-1744), un viaje alrededor del mundo concebido originalmente como una expedición punitiva contras las costas españolas del mar del Sur en el contexto de uno de los habituales conflictos hispano-británicos de la Edad Moderna (la llamada guerra del Asiento o guerra de la Oreja de Jenkins). Durante este viaje se produjo el naufragio del *Wager*, uno de los ocho barcos que componían la escuadra de Anson. Ocurrido en las inmediaciones de Magallanes, varios relatos de los supervivientes lograron plasmar las penalidades sufridas y relanzaron el interés por la etnografía de la región patagónica hasta el archipiélago de Chiloé [fig. 31]. Veintisiete años después del naufragio, en 1768, John Byron, abuelo del célebre poeta y que acababa de dar la vuelta al mundo, volvió a contar la tragedia del *Wager* en uno de los éxitos editoriales de la literatura de viajes

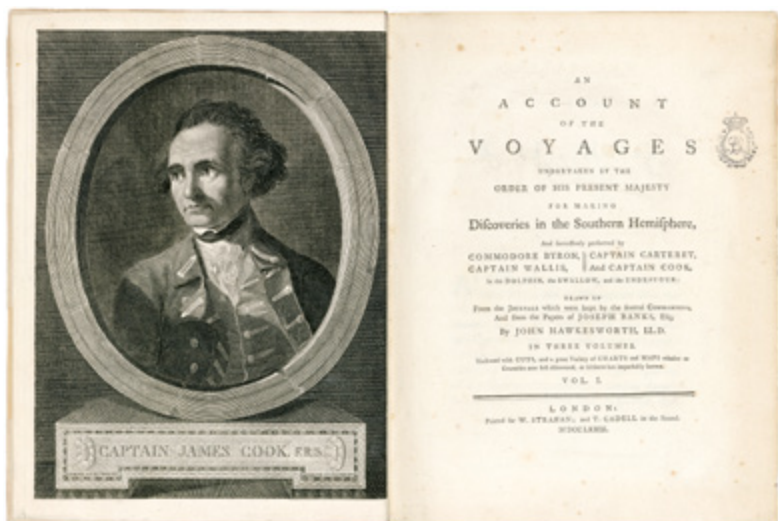


Fig. 32. John Hawkesworth, *An account of the voyages undertaken by the order of his present Majesty for making Discoveries in the Southern Hemisphere, and successively performed by Commodore Byron, Captain Wallis, Captain Carteret, Captain Cook ...*, 1773. BNE, GMM/3037, vol. 3 (anteportada y portada).

de todos los tiempos<sup>25</sup>. De hecho, parece que el poeta se inspiró parcialmente en la figura de su abuelo para escribir uno de sus poemas más célebres, *El corsario*.

Aunque John Byron no lo fuera, sí lo fue Drake, como hemos visto, un apartado en el que deberíamos añadir a William Dampier, que también fue pirata en las costas españolas de Campeche y Portobelo antes de dar la vuelta al mundo en tres ocasiones, entre 1769 y 1711. Pero Dampier fue mucho más que un pirata. También fue un naturalista y un botánico notable, así como un audaz

25 Carmen Channing, «El naufragio de la HMS Wager (1741): sus fuentes, ediciones y valor histórico», *Historia* 396, vol. 8, n.º 1, 2018, pp. 31-58.

explorador de las costas de Nueva Holanda, la vertiente oriental de Australia, y Nueva Guinea.

De alguna manera, su perfil prefigura el de los grandes viajeros del siglo XVIII, sujetos ya embarcados en las disciplinas científicas que protagonizaron el viaje alrededor del mundo en la Ilustración: la botánica y la hidrografía. Son Louis-Antoine de Bougainville, James Cook y Alejandro Malaspina, tres héroes de la época dorada de las circunnavegaciones, cuando los cronómetros de precisión, los concentrados de chucrut y los zumos de cítricos lograron vencer los dos obstáculos de las grandes travesías, la determinación de la longitud y el escorbuto. A ellos habría que sumar a varios de sus ilustres compañeros de viaje, entre los cuales destaca Joseph Banks, que hizo por la difusión de la botánica linneana tanto como todos sus apóstoles, que llegó a presidir la Royal Society y que antes de su primer viaje con Cook dejó dicho que su *grand tour* (el viaje de formación que los miembros de la aristocracia británica solían hacer por Europa y sobre todo por Italia) sería alrededor del mundo.

En efecto, Cook, con sus tres viajes alrededor del mundo (1768-1779), fue el indiscutible Ulises británico, un héroe escueto, brillante y además, como Magallanes, muerto en acto de servicio, en otra escaramuza mal gestionada en una recóndita playa del mar del Sur<sup>26</sup>. Luego están los que casi viajaron alrededor del mundo: Lapérouse, náufago prematuro; Humboldt, que lo intentó pero que no pudo encontrarse con Baudin en El Callao, o el propio Malaspina, que en lugar de dirigirse hacia el océano Índico en su famosa expedición, como estaba previsto, regresó por la América española para concluir mediciones y observaciones, aunque nadie le puede quitar el mérito de la circunnavegación, pues ya la había logrado poco antes con la fragata Astrea. Todos ellos, a su vez,

---

26 Sobre Cook, ver John C. Beaglehole, *The life of captain James Cook*, Stanford: Stanford University Press, 1974.





Fig. 33. Grabado sobre la pintura de William Hodges, *Canoas de guerra en Tahití*. Antoine-François Prévost, *Abrégé de l'Histoire générale des voyages...*, 1780-1786. BNE, GMM/1895, vol. 21 (pág. 190).



Fig. 34. Louis Antoine de Bougainville, *Voyage autour du monde, par la frégate du roi la Boudouse et la flûte l'Étoile*, en 1766, 1767, 1768 & 1769, 1771. BNE, GMM/2196 (p. 19).



Fig. 35. Jeanne Baret. Giuseppe Dall'Acqua, *Navigazioni di Cook del grande oceano e intorno al globo*, vol. 2, 1816. Cortesía de la State Library de Nueva Gales del Sur (Australia), FL3740703.



preludian a Charles Darwin, que también dio la vuelta al mundo en el Beagle (1831-1836), el viaje que hizo aflorar la profunda historia del tiempo y de la vida sobre este planeta<sup>27</sup>.

En la BNE hay rastros de todos ellos, como no podía ser de otra manera. Aquí nos conformamos con señalar algunos: una efigie de Cook en el frontispicio de una de las colecciones de viajes más conocidas del siglo XVIII, obra de John Hawkesworth, que se embolsó por anticipado la suma más alta pagada hasta la fecha por publicar un libro, seis mil libras [fig. 32]; una ilustración de la flota de Tahití, dibujada por William Hodges, uno de los pintores del primer viaje de Cook, reproducida en otra de las grandes colecciones de viajes de la Ilustración, la de Prévost [fig. 33], y la derrota de la fragata Boudeuse y la urca Étoile en el viaje alrededor del mundo de Louis-Antoine de Bougainville (1766-1769) [fig. 34].

En este viaje se produjo un hecho extraordinario. A bordo de la Étoile, una urca o embarcación de cargo o transporte, viajó disfrazada de marino una mujer increíble, Jeanne Baret, amante del naturalista Philibert Commerson y botánica ella misma, protagonista de muchas de las herborizaciones que realizaron en los mares del Sur [fig. 35]. Posiblemente fue la primera mujer que dio la vuelta al mundo. Hubo de hacerlo de incógnito. La marina francesa prohibía mujeres a bordo. Los reyezuelos de Tahití ofrecían a sus mujeres a los visitantes, los occidentales las escondían: dos prácticas que se prestan a una reflexión de antropología simétrica sobre el género y el tabú, una mirada comparativa entre lo que las distintas culturas ocultan, sancionan y prohíben<sup>28</sup>.

---

27 Janet Browne, *Charles Darwin. Voyaging*, Princeton: Princeton University Press, 1996.

28 Manuel Burón y Juan Pimentel, «Hidden or Forbidden. Taboo, Circumnavigation and Women in New Cythera (1768)», en Isabel Burdiel, Ester García-Moscardó and Elena Serrano (eds.), *Histories of Sensibilities: Visions of Gender, Race, and Emotions in the Global Enlightenment*, Londres: Routledge, 2024; Danielle Clode, *In Search of the Woman Who Sailed the World*, Sídney: Picador, 2020.



Fig. 36. John Hamilton Moore, *A new and complete collection of Voyages and Travels...* 1778. BNE, GMG/1198 vol. 1 (frontispicio y portada).

A NEW AND  
COMPLETE COLLECTION  
OF  
**VOYAGES and TRAVELS:**

CONTAINING

All that have been remarkable from the earliest Period to the present Time; and including not only the VOYAGES and TRAVELS of the Nations of THESE KINGDOMS, but also of those of

FRANCE, RUSSIA, SPAIN, PORTUGAL, GERMANY, ITALY, TURKEY,  
DENMARK, SWEDEN, HOLLAND, SWITZERLAND, PRUSSIA, &c.

WITH

An Account of the Rise and Progress of NAVIGATION among the various Nations of the Earth, and of the Discoveries of the Portuguese, English, Dutch, and French, in Africa and the East-Indies, and those of Columbus in the West-Indies, and the Continent of America,

With the Relations of MAGELLAN, DEER, CANNIB, ARSON, DANFIER, and all the Circumnavigators.

Including a most detailed Relation of the remarkable Voyages and Discoveries undertaken in the Service of the PARLIAMENT OF GREAT BRITAIN, and by Order of his present MAJESTY GEORGE III. in the NORTH-SEA, by their great and experienced Navigators.

BYRON, || CARTERET, || COOK, || FORSTER.  
WALLIS, || FURNEAUX, || PARKINSON, || &c. &c.

TOGETHER WITH

An accurate Description of NEW HOLLAND, ZEALAND, O-TAHITEE, TAINA, the SOCIETY, FRIENDLY, and other newly discovered Isles, and their Inhabitants.

Likewise the Voyages of M. de BOURGADVILLE in the SOUTH SEA, by Order of the FRENCH KING.

AND

An ACCOUNT of the Right Honourable LORD MULGRAVE'S EXPEDITION, for the Discovery of a Passage towards the NORTH-POLE.

AND

A second Narrative of the VOYAGES and TRAVELS undertaken for Discoveries in the Northern Hemisphere by Order of her Most Excellent Highness the present EMPRESS of RUSSIA;

With a particular Description of the New Archipelago discovered in the Publication of that Plan:

COMPREHENDING AN EXTENSIVE

**SYSTEM OF GEOGRAPHY,**

Describing, in the most accurate Manner, every Place worthy of Notice in

**EUROPE, ASIA, AFRICA, AND AMERICA:**

AND CONTAINING

A full Display of the Situation, Climate, Soil, Produce, Laws, Religion, Manners, and Customs, of the different Countries of the Universe. A Summary View of the various Revolutions of Government, or Changes of Nature which they have undergone. With a Description of several Phenomena of Nature, hitherto unaccounted for by Philosophers.

The whole exhibiting a View of the present State of all Nations, and calculated to give the Reader a clear Idea of the Government, Warfare, Policy, and Commercial Interests, of all the Inhabitants of the known World: Being the result of accurate Affidavits, collected by the best Authorities.

By **JOHN HAMILTON MOORE,**

AUTHOR OF THE PRACTICAL NAVIGATOR, &c.

Assisted by several Persons who have made the SEVERITY of VOYAGES and TRAVELS their particular STATION.

LONDON:

PRINTED FOR THE PROPRIETORS;

And Sold by ALEXANDER HOGG, at No. 25, PARADISE LANE,

WINDMILL STREET.



Joyce Chaplin, una profesora de Harvard que escribió un magnífico libro sobre los viajes alrededor del mundo, comentaba las reverberaciones de la primera circunnavegación de Magallanes y Elcano en una de las obras que marca el inicio de la denominada era de la ciencia moderna, *De revolutionibus orbium coelestium* (1543)<sup>29</sup>. No parece casual que la descentralización de la Tierra en la cosmografía, el paso del geocentrismo al heliocentrismo, se produjera apenas un par de décadas después de abrazarse nuestro planeta. Tampoco parece casual que la época clásica de las circunnavegaciones, la segunda mitad del siglo XVIII, completara lo que habían iniciado los argonautas ibéricos del Quinientos. En muchos sentidos la Ilustración es el segundo acto del drama iniciado en el Renacimiento. Así como la revolución científica comienza con la anatomía vesaliana y la astronomía copernicana, incluso antes, con la imprenta y los viajes ibéricos de la primera globalización, se puede dar por concluida con la Ilustración, con Laplace rematando el edificio newtoniano y Lavoisier elevando la química al rango alcanzado por las ciencias matemáticas, físicas y experimentales.

Pues bien, dentro de este amplio contexto, la vuelta al mundo, el viaje circular, desempeñó un papel singular, científico y divulgativo, planetario y a la vez simbólico de primer orden. Otra de las colecciones de viajes clásicas del siglo XVIII recoge en su frontispicio un curioso grabado sobre el papel educativo de los viajes y las circunnavegaciones en la juventud. Recorrer el mundo siempre fue el paso previo a mostrarlo [fig. 36].

---

29 Joyce E. Chaplin, *Round about the Earth. Circumnavigation from Magellan to Orbit*, Nueva York: Simon & Schuster, 2012, p. 47.

# ATLAS Y GLOBOS

La denominación «Atlas Agnese» es algo ficticia, ligeramente retrospectiva. Los atlas Agnese, como hemos visto, fueron elaborados entre 1536 y 1564, aproximadamente, un poco antes de que la palabra «atlas» fuera empleada para referirse a una colección de mapas. Esto no sucedió sino a partir de 1570, también aproximadamente, cuando en dos lugares en Europa se empezó a emplear el término en dicha acepción: primero quizás en Italia y luego en los Países Bajos, el epicentro ya de la cartografía impresa. En Italia apareció en Roma, de la mano de un impresor francés, Antoine Lafréry, asociado al cartógrafo veneciano Giacomo Gastaldi y también al impresor español Antonio Salamanca, con quien había editado la *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556) de Valverde de Amusco, con las estampas de Nicolas Beatrizet, una obra a la que la BNE también ha dedicado una exposición y otro pequeño libro en esta misma colección<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> David García López, José Ramón Marcaida López y Sergio Ramiro Ramírez, *Arte y anatomía en el Renacimiento. Juan Valverde de Amusco y la Historia de la composición del cuerpo humano*, Madrid: BNE, 2024.



Fig. 37. Abraham Ortelio, *Theatro d'el Orbe de la Tierra*, 1612. BNE, GMG/1147 (portada).

Es interesante hacer notar que los atlas geográficos coincidieron en la figura de Lafréry con uno de los llamados, también retrospectivamente, primeros atlas anatómicos. Ambos responden al mismo principio: una colección de estampas o dibujos de las partes del mundo o del cuerpo humano.

Al parecer, Lafréry fue el primero que tuvo la feliz idea de imprimir varios mapas de manera conjunta y reunirlos con la misma portada y el mismo título, un trabajo hecho por encargo, pues todos ellos (se conocen unos sesenta) difieren. No son idénticos. Además, tuvo otra idea destinada a perdurar: hizo grabar en la

portada la figura del Atlas, sosteniendo la bola del mundo (en la mitología griega, castigado por Zeus, el titán Atlas, Ἀτλας, el portador, cargaba la bóveda celeste).

Simultáneamente, Abraham Ortelius, el cartógrafo flamenco tenido por el Ptolomeo del siglo XVI, editó el que suele considerarse el primer atlas del mundo moderno, el *Theatrum Orbis Terrarum* (1570). En su primera edición incluía unos setenta mapas de los cuatro continentes y las distintas regiones, fue editado sin cesar en sucesivas ampliaciones y llegó a alcanzar 167 mapas en la última<sup>31</sup>. Georg Braun publicó otro de los primeros atlas, el *Civitates Orbis Terrarum* (1572), una colección de vistas panorámicas y planos de ciudades. Y también Gerard de Jode, una colección titulada *Speculum Orbis Terrarum* (1578). Sin embargo, fue Gerardus Mercator, el otro gigante flamenco de la cartografía, el primero que empleó la palabra *atlas* en el título de un libro de estas características<sup>32</sup>. Es el *Atlas sive Cosmographicae meditationes de fabrica mvndi et fabricati figura* (1594-1595), una obra que también conoció múltiples ediciones en manos de sus sucesores y de Jacob Hondius, cabeza de otra saga de cartógrafos e impresores que continuaron la obra de Mercator, tal y como los Blaeu continuaron la de Ortelius.

En la BNE existen varias ediciones de estos primeros atlas, colecciones cartográficas que trataban de compendiar el mundo y de ofrecer vistas generales y parciales, auténticas enciclopedias visuales de la Tierra. Tenemos por ejemplo la edición de la imprenta Plantiniana, en español, del *Theatrum* orteliano (1632), cuyo frontispicio recoge alegorías de los cinco continentes (Europa, Asia, África, América y Magallania) [fig. 37]. O también esta edición francesa del *Atlas* de Mercator (1633), con una magnífica

31 Ver Marcel van den Broecke, *Abraham Ortelius, 1527-1598. His life, works, sources and friends*, Bilthoven: Cartographica Neerlandica, 2015.

32 Sobre Mercator, Nicholas Crane, *Mercator: The Man Who Mapped the Planet*, Nueva York: Henry Holt & Co, 2002.



Fig. 38. Gerardus Mercator, *Atlas ou representation du Monde Universel*, 1633. BNE, GMG/802 (portada).

estampa coloreada donde se aprecia al titán dibujando el mundo en el centro, rodeado de varias regiones o continentes: México, África, Europa, Asia, Perú, Magallanes [fig. 38].

Además, tenemos varios atlas menores de Mercator, el formato que logró difundir los conocimientos y hacerlos más portátiles, ediciones cartográficas relacionadas con los libros en octavo o los actuales libros de bolsillo. Si la tarea de Atlas era llevar el mundo a cuestas, trasladarlo de un sitio a otro, como recordaba Didi-Huberman a propósito del *Atlas Mnemosyne* de Aby Warburg,





Fig. 39. Gerardus Mercator, *Atlas Minor*, 1610. BNE, GMM/1056 (p. 1).

la enésima versión de un dispositivo visual para compendiar el mundo y su memoria, nada más práctico que reducir su tamaño. Aquí podemos ver, por ejemplo, la bellísima estampa que ocupa el frontispicio de este *Atlas Minor* (1610) y que evoca las edades del mundo, con las tres parcas que simbolizan el nacimiento, la vida y la muerte<sup>33</sup>. La rotación terrestre, en efecto, equivale al tiempo y sus ciclos [fig. 39]. Otro ejemplar del *Atlas Minor* (1634) incluye un bonito grabado con el titán sujetando el globo mientras un par de geógrafos lo miden, una escena flanqueada por las cuatro partes del mundo y dos indígenas de latitudes ecuatoriales y boreales [fig. 40].

33 Sandra Sáenz-López y Juan Pimentel, *Cartografías de lo desconocido*, Madrid: BNE, 2017.



Fig. 40. Gerardus Mercator, *Atlas Minor*, 1634. BNE, GMM/1113 (portada).

Aquí y allá aparecen globos sometidos al escrutinio de los cartógrafos y los eruditos, los sujetos que rodean el mundo antes y después de los navegantes. Son representaciones características de la primera globalización, emprendida de manera pionera por las dos coronas ibéricas y después continuada por otras naciones europeas, entre las cuales destacaron los Países Bajos, donde prosperaron la imprenta, el arte del grabado, el mercado editorial y también las navegaciones y el comercio con las Indias Orientales<sup>34</sup>. En el frontispicio de una adaptación al castellano de una guía de pilotos del holandés Claes Jansz Vooght, también llamadas luz de navegantes o antorcha de los mares, vemos una de

34 Un buen manual es David Buisseret, *La revolución cartográfica en Europa 1400-1800*, Barcelona: Paidós, 2004.



Fig. 41. Claes Jansz Vooght, *La nueva y grande relumbrante antorcha de la mar*, 1699. BNE, GMG/1503 (portadilla).



Fig. 42. Frederick de Wit, *Atlas*, ca. 1690. BNE, GMG/709 (portada).

estas escenas, con un grupo de geógrafos y cosmógrafos alumbrando, midiendo y representando el globo [fig. 41].

Es un mundo inscrito en bellos atlas y tratados de geografía, que marcan la edad de oro de las imprentas en Ámsterdam, sucesora en la hegemonía que hacía poco detentaban Venecia y Amberes. Muestra de este esplendor es la fabulosa estampa calcográfica del *Atlas* (ca. 1690) de Frederick de Wit, cartógrafo y grabador holandés, una imagen que representa al titán Atlas sosteniendo la bóveda celeste [fig. 42].

Más ecuménica aún que la Compañía de las Indias Orientales, fue la de los jesuitas, una red transnacional que a lo largo de la Edad Moderna hizo tanto por la difusión del cristianismo fuera de Europa como por la introducción en Europa de saberes, lenguas y culturas americanas y asiáticas<sup>35</sup>. Aquí vemos, por ejemplo, un globo sostenido por representantes de los diversos grupos étnicos en el frontispicio del volumen dedicado a la geografía política del *Atlas Novus* (1737), obra del jesuita alemán Heinrich Scherer [fig. 43]. La construcción de la imagen del mundo es una empresa planetaria, ecuménica. Invoca a todo el género humano.

También fue una empresa planetaria medir el globo, es decir, calcular su imperfecta esfericidad. Cartesianos y newtonianos debatieron entre finales del siglo XVII y mediados del siglo XVIII si la Tierra estaba achatada por el Ecuador o por los polos, pues lejos de lo que a menudo se piensa, la ciencia moderna no fue un cuerpo homogéneo de doctrinas y prácticas para obtener certezas sobre el mundo natural, sino que estuvo compuesta por teorías y métodos que rivalizaron y disputaron por establecerse en las academias y las universidades. Voltaire, que vivió en Londres entre 1726 y 1729, ironizaba sobre lo cerca que estaba de

---

35 Steven J. Harris, «Mapping Jesuit Science: The Role of Travel in the Geography of Knowledge», John W. O'Malley et al. (ed.), *The Jesuits. Cultures, Sciences, and the Arts, 1540-1773*, Toronto: University of Toronto Press, 1999, pp. 210-240.





Fig. 43. Heinrich Scherer, *Geographia politica*, del *Atlas Novus o Geographia Universal*, 1737. BNE, GMC/225 vol. 4 (frontispicio).

París y lo distinto que era el mundo en ambas capitales: en un lugar gobernaba la acción a distancia y en otro lo hacían los vórtices; en Londres había espacio para el vacío, no así en París; los newtonianos pensaban que la Tierra era un esferoide fluido en rotación y que por tanto estaba achatada por los polos; los cartesianos creían que se parecía a un elipsoide oblongo, ceñido por el Ecuador. Lo cierto es que el péndulo no batía igual en las latitudes tropicales y en las septentrionales<sup>36</sup>.

Para resolver esta polémica sobre la verdadera figura de la Tierra, la *Académie des Sciences* de París lanzó dos expediciones geodésicas para medir el grado de meridiano en latitudes boreales y ecuatoriales. Una la dirigió el conde de Maupertuis a Laponia (1736-1737); la otra La Condamine y Louis Godin al Virreinato del Perú (1735-1742), siendo allí acompañados por dos jóvenes marinos españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Aquí vemos el frontispicio de uno de los resultados de este viaje, las *Observaciones astronómicas y físicas hechas de orden de S. Mag. en los reynos del Perú*, publicadas por Juan y Ulloa por primera vez en 1748. Cuatro alegorías de ciertas disciplinas matemáticas y náuticas (astronomía, geografía, navegación, geometría) flanquean un globo visiblemente newtoniano, esto es, achatado por los polos [fig. 44].

Los globos terráqueos han acompañado proverbialmente a los geógrafos, los marinos y en general a los hombres (y mujeres) de ciencia. El más antiguo conservado es el de Núremberg, la *Erdapfel* o «manzana de la Tierra», obra de Martin de Behaim, fechado en 1492, un globo que, como dijimos, reproducía el mismo cálculo erróneo sobre el perímetro terrestre que manejó Toscanelli, el cartógrafo que indujo a Colón a pensar que Asia podía alcanzarse desde Europa navegando hacia Poniente fácilmente. Es un globo bastante

---

<sup>36</sup> Ver Antonio Lafuente y Antonio Mazuecos, *Los caballeros del punto fijo: ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*, Barcelona: Serbal, 1987.



Fig. 44. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Observaciones astronómicas y físicas...*, 1773. BNE, R/31334 (frontispicio).



más pequeño, incompleto (no incluía América) y suponía que entre Asia y Europa había unos  $126^{\circ}$  de longitud y no los  $229^{\circ}$  reales.

Entre las muchas joyas que la BNE conserva de Tomás López (1730-1802), está su globo terráqueo, un maravilloso objeto de madera y papel barnizado de 26 cm de diámetro y 63 cm de altura [fig. 45]. La leyenda de la cartela asegura que fue construido a partir de las observaciones de latitud y longitud de «los más célebres astrónomos», algo que debió de ocurrir después de 1770, cuando su propietario ya era geógrafo de su majestad. Siendo joven, Tomás López fue enviado a París, tal y como Juan y Ulloa habían sido enviados al Perú, para formarse con sabios franceses. Más adelante, el marqués de la Ensenada primero y Godoy después le encargaron formar un mapa y un atlas de España, lo que



Fig. 45. Tomás López, *Globo terráqueo* construido sobre las observaciones de latitud y de longitud hechas por los más célebres astrónomos, ca. 1770-1802. BNE, GLOBO 1.



Fig. 46. Alberto de Palacio, Monumento a Colón, *La Ilustración española y americana*. BNE, BA/13323 (30/08/1890, p. 117).

logró con la ayuda de sus hijos y con ciertas limitaciones (López fue siempre un geógrafo de gabinete, no pudo levantar una red geodésica del territorio peninsular)<sup>37</sup>.

Hace unos años la Biblioteca Nacional de Francia dedicó una magnífica exposición al mundo de las esferas<sup>38</sup>. Objetos de arte y de ciencia, los globos han presidido el imaginario cosmológico desde la antigüedad clásica hasta nuestros días, habiendo conocido ciertos momentos dorados en lo que atañe a sus representaciones y su iconografía, así en la cristiandad medieval, la astronomía árabe-musulmana o la revolución científica. En este sentido, deberíamos incluir las arquitecturas esféricas que tanto gustaron a finales del siglo XIX, los días de esplendor de las exposiciones universales, otro momento álgido de la globalización, cuando el mundo entero se ofrecía como espectáculo en esos museos efímeros donde se celebraba el progreso (es decir, la expansión europea y el colonialismo)<sup>39</sup>.

Aquí mostramos la imagen de un proyecto colosal que finalmente no se llevó a cabo, el monumento a Colón que ideó para la exposición universal de Chicago de 1892 el arquitecto e ingeniero español Alberto de Palacio, autor entre otras obras de la estación de Atocha. Se trata de un gigantesco globo terráqueo coronado por una carabela colombina, e incluso se pensó en instalarlo junto a la Torre Eiffel o en el mismo parque del Retiro de Madrid, junto al Palacio de Cristal, otro edificio creado para albergar una exposición (sobre las Filipinas). Afortunadamente, no se hizo: el globo medía 300 metros de diámetro, una esfera que parece salida de *La guerra de los mundos* [fig. 46].

---

37 Carmen Lítez, *La obra de Tomás López: imagen cartográfica del siglo XVIII*, Madrid: BNE, 2002.

38 Catherine Hofmann, François Nawrocki, *Le Monde en sphères*, París: BnF, 2019.

39 Para la globalización en el siglo XIX, ver Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo: Una historia global del siglo XIX*, Barcelona: Crítica, 2015.

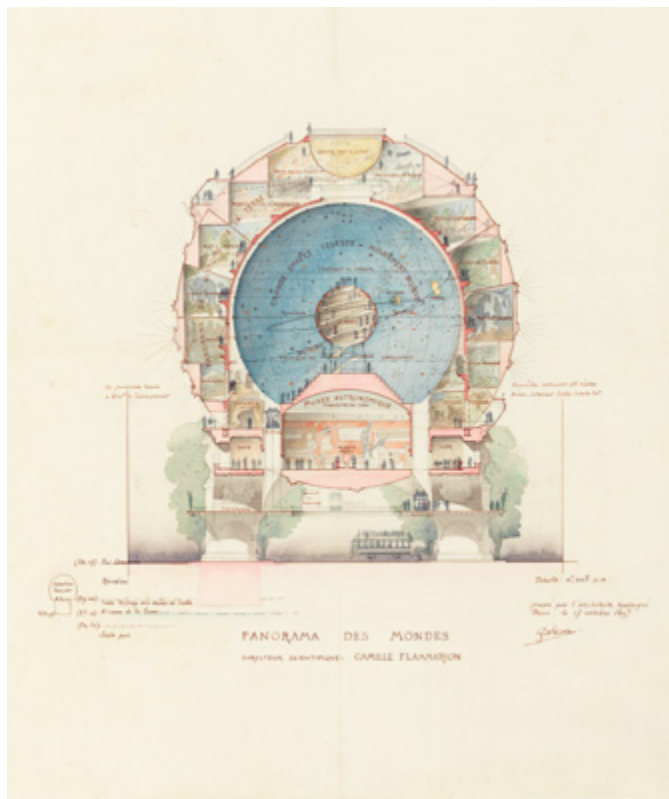


Fig. 47. Albert Galeron, *Panorama des mondes*. Archives nationales (France) CP/F/12/4352.

También reproducimos aquí uno de los proyectos de Albert Galeron para el *cosmorama* o panorama de los mundos, un magnífico pabellón astronómico con forma de globo para la exposición universal de París en 1900 y que iba a ser dirigido por Camille Flammarion, el gran popularizador de los mundos lejanos y los

Fig. 48. Hermanos Neurdein (atribuida), *La Torre Eiffel y el globo celeste durante la Exposición Universal de 1900, París*. Alamy Stock Photo, H2KHWP(RM).



perdidos, uno de los genios de la divulgación científica de todos los tiempos [fig. 47]. El pabellón iba a incluir una exposición de las edades de la Tierra, una sala de conferencias y un auditorio, un museo Flammarion, un panorama estereoscópico y otro cinematográfico<sup>40</sup>. Querían reunir en un mismo espacio todos los medios antiguos y modernos de popularización del saber, una utopía pedagógica y civilizadora.

Finalmente, se construyó una bóveda celeste junto a la Torre Eiffel, un proyecto quizás menos ambicioso, aunque también espectacular [fig. 48]. Medía 45 metros de diámetro y sobre su superficie se pintaron las constelaciones y los signos del zodiaco. Fue una de las grandes atracciones del evento. En su interior los visitantes se

40 Yann Rocher (dir.), *Globes. Architecture et sciences explorent le monde*, París: Norma Éditions, 2017, pp. 156-161.



Fig. 49. Dedicatoria, *Atlas Agnese* de la John Carter Brown Library, ca. 1543-1545. Courtesy of the John Carter Brown Library. Codex Z 3 / 2-SIZE.

recostaban en sus butacas mientras se proyectaban imágenes del sistema solar. Se podía rodear la Tierra sin levantarse del sillón, una novedad revolucionaria que hoy practicamos de forma rutinaria en nuestro cuarto de estar y hasta montados en el autobús.

La fantasía de rodear la Tierra con el propio cuerpo, el sueño esférico, a menudo se ha expresado de otras formas, la más común quizás haya sido esa costumbre de mantener a la vista, junto a los libros, un globo terráqueo, un objeto habitual en gabinetes, museos y bibliotecas. Se cuentan por docenas los eruditos y escritores que se han hecho retratar señalando el globo, posando la mano sobre él, incluso abrazándolo, un trasunto del viaje a su alrededor. Pensando en la era de los descubrimientos geográficos, es inevitable mencionar los dos óleos del maestro holandés

Vermeer, *El geógrafo y El astrónomo*, donde se ve al estudioso en una habitación iluminada por la luz solar que penetra por la ventana, un espacio habitado por objetos y libros científicos, entre ellos un globo terráqueo y uno celeste, respectivamente. Volviendo a la BNE, existe un retrato de Buero Vallejo que hizo Alfonso Galván para la serie dedicada a los Premios Cervantes que reproduce la iconografía clásica. El gesto del gran dramaturgo, acercando la mano al globo, no dista mucho del que en su día hicieron el astrónomo de Vermeer, Maupertuis o Antonio de Ulloa.

Tocar o señalar el mundo son gestos de afecto y también posesivos, qué duda cabe. Abrazamos el mundo porque lo queremos y deseamos poseerlo. Lo representamos a escala en un objeto tridimensional, una maqueta, para poder hacerlo de manera figurada. Los globos habitan en las bibliotecas. En uno de los vestíbulos de la Biblioteca Nacional de Francia, por ejemplo, se muestran dos magníficos globos de Vincenzo Coronelli, otro notable cartógrafo veneciano que trabajó en su momento para Luis XIV, el rey sol. Son un globo celeste y otro terrestre de casi cuatro metros de diámetro<sup>41</sup>. También suele haber globos terráneos en las aulas y en las habitaciones infantiles. Conviene enseñar a los niños lo grande que es el mundo, dónde están las pirámides de Egipto, por dónde corre el Amazonas, cuán ancho es el océano Pacífico que un día atravesó Magallanes, familiarizarlos con el hogar de la especie humana.

Hace siglos el mundo también se mostraba y se ofrecía, pero solo a los reyes y los emperadores. El ejemplar del Atlas Agnese de la John Carter Brown Library, una de las bibliotecas norteamericanas más ricas en fondos relacionados con los descubrimientos y el encuentro con el Nuevo Mundo, posee algún folio distinto al

---

41 Martin Vailly, «Poring Over the World at the Court. Coronelli's Globes and the Social Lives of Maps in France (1680-1715)», *Material Culture Review*, vol. 95, 2023, pp. 92-115.

de la BNE. Uno de ellos es la ilustración de la dedicatoria, que nos recuerda que el Atlas es un regalo del emperador Carlos V a su hijo y sucesor Felipe II [fig. 49]. A la derecha se ve el escudo de armas con el águila bicéfala de los Habsburgo. A la izquierda, bajo la efigie del emperador, Dios entrega la Tierra a un soldado, un trasunto de la cesión del mundo de padre a hijo. Adornado por unas gavillas de trigo, se repiten dos lemas latinos que subrayan el poder y la generosidad del soberano: *lucem metum* («teme a la luz») y *omnia data* («lo da todo»).



## FANTASÍAS ESFÉRICAS

En 1900 dar la vuelta al mundo había dejado de ser una hazaña reservada para capitanes intrépidos. Había turismo y barcos de vapor. Si el *grand tour* de Joseph Banks, como vimos, había sido su viaje alrededor del mundo a bordo del Endeavour (1768-1771), un siglo después Lady Brassey, una baronesa inglesa, enrolaba a su familia entera para efectuar una circunnavegación en su yate de lujo (1876-1877). Dejó por escrito su experiencia en otro gran éxito de la literatura de viajes, *A voyage in the Sunbeam, our home on the ocean for eleven months* (1878), un relato delicioso salpicado de observaciones etnográficas y de historia natural. También realizó durante el viaje cientos de fotografías de gran calidad, conservadas hoy en la Huntington Library (California), pues Annie Brassey, entre otras cosas, fue una magnífica fotógrafa.

Poco antes, la agencia de viajes más antigua del mundo, Thomas Cook & Son, que llevaba organizando excursiones y visitas desde mediados de siglo, incluyó la vuelta al mundo entre sus ofertas (1872), poniéndola así al alcance de quien pudiera pagarla. Antes de 1900, en efecto, el turismo de la aristocracia y la alta burguesía había abrazado la causa del viaje circular. La gesta se había convertido en un lujo.



Fig. 50. Julio Verne, *La vuelta al mundo en ochenta días*, 1945. BNE, VC/1785/29 (cubierta).

Luego están las vueltas al mundo imaginarias, las de quienes fabularon personajes que la dieron y que por tanto hicieron que sus lectores la dieran a bordo de la embarcación más audaz, la más temeraria, la que siempre nos rescata. Gracias a Julio Verne, millones de lectores, generación tras generación, han dado la vuelta al mundo en ochenta días con Phileas Fogg y Passepartout, un periplo que se publicó originalmente por entregas en las páginas del periódico *Le Temps* a finales de 1872, una fecha, como vemos, marcada en rojo en la historia de los viajes alrededor del mundo [fig. 50]<sup>42</sup>.

<sup>42</sup> Entre la abundante bibliografía sobre Julio Verne, nos permitimos recomendar esta entrevista a Michel Serres, un clásico de la historia de la ciencia: Michel Serres, Jean-Paul Dekiss, *Jules Verne, la science et l'homme contemporain*, París: Le Pommier, 2003.

Fig. 51. Louis-Edme Dessaux, *Le Tour du monde: galop brillant*, ca. 1877. BNE, MC/309/66 (cubierta).



Convertido en gesto característico de la era del progreso, el tema no tardó en saltar a otros géneros y escenarios. Un botón de muestra, la pieza musical de Louis Dessaux, *Le Tour du monde* (1877), cuya partitura contiene una delicada litografía [fig. 51]. Las refinadas parejas de la burguesía giraban en círculo en los salones parisinos al ritmo de este galope brillante, una danza cosmopolita y esférica.

Otros escritores no se conformaron con imaginarlo, quisieron realizar el viaje circular para poder contarlo. Mark Twain atravesó el Pacífico desde Vancouver hasta Australia y luego navegó por el Índico hasta Ciudad del Cabo, una experiencia que retrató con su inconfundible humor melancólico y sureño en su



Fig. 52. *Alrededor del mundo*, BNE, AHS/1563 (12/01/1920, cubierta).

*Viaje alrededor del mundo siguiendo el Ecuador* (1897). Jack London también acarició la idea de la circunnavegación. Acompañado por su mujer y cinco tripulantes más, en 1907 se lanzó al Pacífico desde San Francisco en un velero que había construido con sus manos. Vagabundo, buscador de oro y aventurero indómito, el escritor californiano sobrevivió de milagro a la experiencia náutica, para fortuna suya y la de cualquier lector de sus relatos de los mares del Sur. También Blasco Ibáñez registró su periplo en *La vuelta al mundo de un novelista* (1924), un libro de viajes al uso, esto es, enciclopédico y misceláneo, donde el autor describía los pueblos del mundo, sus costumbres, la historia de los lugares que fue visitando, sus paisajes, las cumbres más elevadas o las anécdotas que le sucedieron.

Miembros de la aristocracia, adinerados, escritores y también, como estamos viendo, mujeres. Nuevos actores y actrices estaban siendo convocados a la experiencia planetaria. La década de 1920 fue un momento álgido del sufragismo y la liberación de la mujer. Así lo refleja la portada de un número de la revista semanal *Alrededor del mundo*, donde una mujer a lomos de un camello trota sobre la redondez de la Tierra [fig. 52]. Es una imagen elocuente del papel que la mujer estaba adquiriendo en el periodo de entreguerras. Probablemente está inspirada en un personaje real, Gertrude Bell, espía, diplomática y arqueóloga en Oriente Medio, promotora de la revolución árabe durante la Primera Guerra Mundial, la réplica femenina de Lawrence de Arabia (ambos conspiraron para instaurar la dinastía hachemita en Jordania e Irak).

Las primeras décadas del siglo XX asistieron también a la conquista del aire, otro anhelo tan antiguo o más que el de rodear la Tierra. Pronto las dos hazañas se fundieron. Primero fueron los aparatosos dirigibles, los famosos zepelines de principios de siglo, preparados para vuelos de larga duración antes que los aviones<sup>43</sup>. En agosto de 1929 el Graf Zeppelin LZ-127, comandado por Hugo Eckener, completó la primera vuelta aérea alrededor del mundo, tras un viaje de veintiún días en dirección siempre hacia Oriente, al revés que Magallanes [fig. 53]. Protagonista y testigo de excepción de aquel memorable vuelo fue una heroína característica de aquellos días, Lady Grace Drummond-Hay, a quien vemos en una fotografía emblemática asomándose en una de las cabinas de los motores de propulsión del Graf Zeppelin en el citado viaje alrededor del mundo [fig. 54].

La representación de figuras femeninas enmarcadas por el dintel de una ventana goza de una venerable tradición en la iconografía occidental. En el Renacimiento, doncellas casaderas, mujeres nobles o viudas acaudaladas fueron retratadas junto a una ventana,

---

43 Carlos Lázaro, *Breve historia de los dirigibles*, Madrid: Nowtilus, 2019.

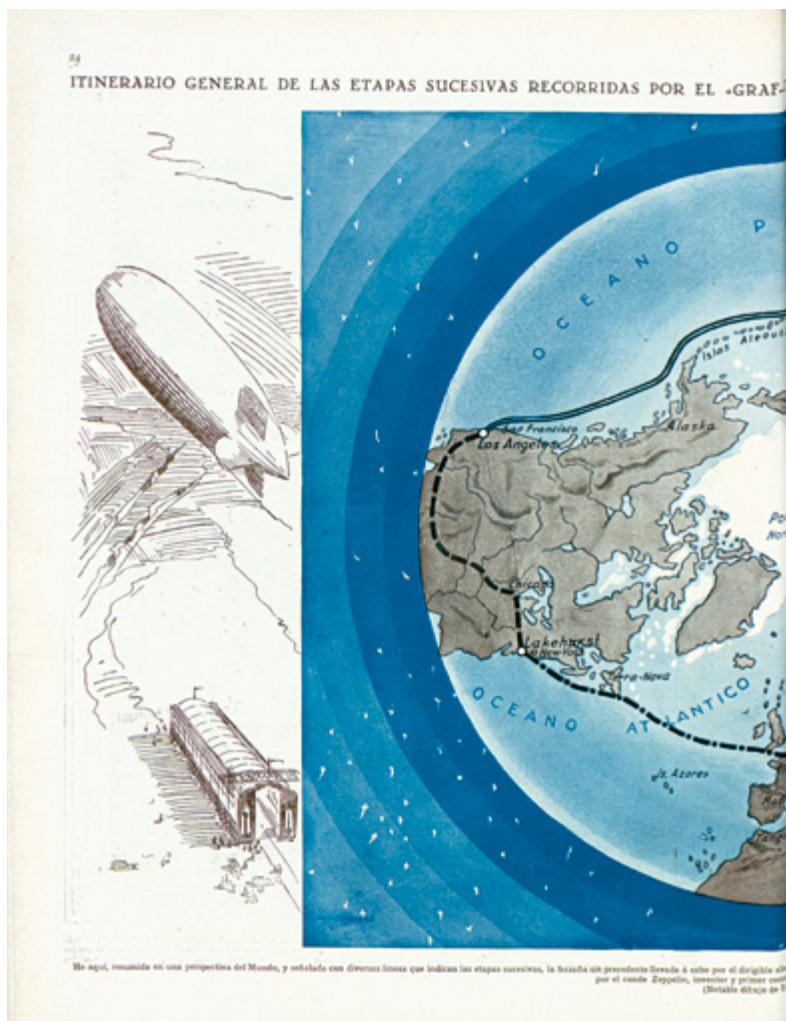


Fig. 53. Itinerario del Graf Zeppelin, *La Esfera*. BNE, AHS/35356 (07/09/1929, p. 24-25).





Fig. 54. Lady Grace Drummond-Hay disfruta de la vista desde el LZ 127 Graf Zeppelin, 1929. Fotografía de Ullstein bild via Getty Images.

como si estuvieran de perfil ante un espejo o asomándose frente a nosotros, observando lo que pasaba en la calle, escuchando el rumor del campo o el murmullo de los patios<sup>44</sup>. Lady Drummond-Hay, periodista británica especializada en aeronáutica, fue la única mujer tripulante en el viaje del Graf Zeppelin. Sus reportajes contribuyeron a divulgar la proeza. La fotografía la recoge ataviada con prendas aeronáuticas, simulando pilotar el dirigible.

Es conocido que Virginia Woolf decía que para ser escritora una mujer había de tener dinero (quinientas libras anuales) y una habitación propia. En cuanto a lo primero, Lady Drummond-Hay no tenía problema: se casó a los veinticinco años con un aristócrata cincuenta años mayor que ella y enviudó a los treinta y uno, heredando su título y una considerable fortuna. En cuanto a lo

44 Patricia Simons, «Women in Frames: The Gaze, the Eye, the Profile in Renaissance Portraiture», *History Workshop*, 25, 1988, pp. 4-30.





Fig. 55. El vuelo alrededor del mundo de Post y Gatty, Kinos. BNE, ZR/1201(3) (01/08/1931, p. 120).

segundo, en la fotografía parece asomarse a la habitación de la mujer moderna. Se trata de un nuevo punto de vista y un nuevo espacio, inéditos para las mujeres, un lugar desde el que era posible contemplar y retratar el mundo, escuchar su rumor, rodearlo con la escritura y la mirada. La mujer accedía a esa habitación con vistas al mundo.

En 1931, tan solo un par de años después de la gesta del Graff Zeppelin, dos pioneros de la aviación, el norteamericano Wiley Post y el australiano Harold Gatty, pilotaron la avioneta Winnie Mae y rodearon el globo en tiempo récord: 8 días, 15 horas y 51 minutos



Fig. 56. Caras y caretas, Buenos Aires. BNE, ZR/948 (04/07/1931, p. 75).

[figs. 55 y 56]<sup>45</sup>. Como suele ocurrir, hubo quien quiso restar mérito a las dos hazañas. Tanto el vuelo del dirigible como el de la avioneta se habían producido en el hemisferio Norte, alejadas del Ecuador, un atajo para evitar los 40 000 km del perímetro terrestre, muy lejos de los casi 70 000 que navegó Elcano en la Victoria. La vuelta al mundo siempre tuvo bastante de gesta olímpica, una competición donde los récords se sucedieron, se magnificaron y se impugnaron, como la fama, el mérito y otros capitales simbólicos.

En abril de 1961 el cosmonauta ruso Yuri Gagarin fue el primer ser humano en orbitar la Tierra. Desde allí arriba, a unos 315 km de altitud, pudo disfrutar de la visión tan anhelada, el espectáculo único de contemplar nuestro planeta desde el espacio y abrazarlo con un solo golpe de vista. «La Tierra es azul» —parece que dijo, con los ojos seguramente abiertos como platos—. Poco antes, en noviembre de 1957, el Sptunik II había transportado a la perrita Laika, un experimento para observar el comportamiento de la fisiología animal en un vuelo espacial. Fue el primer ser vivo que

Fig. 57. Sello conmemorativo del vuelo orbital del satélite Sputnik II con la perrita Laika a bordo, 3 de noviembre de 1957. Ajman, Emiratos Árabes Unidos, 1971. Getty Images.



45 Sobre la historia de la aviación, Tom D. Crouch, *Wings. A History of Aviation from Kites to the Space Age*, Nueva York: Norton & Company, 2004.



## HOMBRES CÉLEBRES

Fig. 58. Magallanes, Fábrica de chocolates de Evaristo Juncosa. *Hombres célebres*, [1930-1940]. BNE, EPH/215/8.

rodeó el globo en la estratosfera. La nave soviética orbitó la Tierra, aunque Laika, como Magallanes, murió en el camino [fig. 57].

En la historia de la vuelta al mundo se cruzan, sin solución de continuidad, la gesta científica, la proeza olímpica, la propaganda y el negocio. También los hechos memorables, dignos de ser recordados, y esos otros que se desvanecen y se pierden en el fondo del océano o del tiempo. Algo de todo esto hay en la colección de cromos de hombres célebres de la fábrica de chocolates Evaristo Juncosa, una firma catalana muy prominente en el negocio que Colón inauguró, precisamente, cuando trajo a la Península semi-llas de cacao en su cuarto viaje a las Antillas.

Más rentable que el clavo y más universal que la nuez moscada, el cacao ha sido uno de los productos estelares de la globalización,



Fig. 59. Elcano, Fábrica de chocolates de Evaristo Juncosa. *Hombres célebres*, [1930-1940]. BNE, EPH/215/5.

es decir, del comercio transoceánico, el esclavismo y los imperios coloniales. El chocolate encierra una pequeña enciclopedia de los usos sociales, gastronómicos y hasta terapéuticos de los productos exóticos<sup>46</sup>. Aquí vemos los cromos de Magallanes y Elcano, los nautas de la primera circunnavegación, en una serie de hombres célebres, compartiendo el canon de la hispanidad con Colón, Espronceda, Cervantes, Velázquez, Murillo, Cortés, Calderón o Carlos V [figs. 58 y 59].

Fundada en 1835, la casa Juncosa es una referencia no solo en la producción y la comercialización de chocolates. También lo

46 Marcy Norton, *Sacred Gifts, Profane Pleasures: A History of Tobacco and Chocolate in the Atlantic World*, Ithaca, NY: Cornell University Press, 2010.



Fig. 6o. Casimiro Gómez Ortega, *Primer viaje alrededor del mundo*, 1922. BNE, 3/103692 (cubierta).

es en la historia del diseño y la fidelización de la clientela, esa historia llena de pedagogía destinada a los más jóvenes que es la historia de los cromos y el coleccionismo de estampas. Es la prehistoria de la publicidad y la mercadotecnia. Son materiales menores, efímeros. Se perderían si no fuera porque en las bibliotecas importantes como la BNE hay una sección dedicada a la conservación de este tipo de materiales, *ephemera*. En la época dorada de la cromolitografía, durante las décadas finales del siglo XIX y las primeras del siglo XX, Juncosa imprimió calendarios, carteles, juegos de cartas y colecciones de cromos de la guerra de Cuba, historia natural, señales náuticas o el descubrimiento

de América. Unos cromos de una fábrica de chocolate vienen a recordarnos aquí los vínculos entre los viajes y el coleccionismo, pasiones comunes a los príncipes, los niños, los naturalistas y los exploradores.

La prodigiosa década de 1920, la edad de las sufragistas y los primeros vuelos circulares, como hemos visto, también fue una época dorada para la publicidad y el diseño. Esta portada *art déco* recoge tres momentos privilegiados de la globalización [fig. 60]. Es la reedición del resumen del viaje de Magallanes y Elcano que había publicado en el siglo XVIII Casimiro Gómez Ortega, el director del Real Jardín Botánico de Madrid, desde donde se lanzaron expediciones alrededor del mundo<sup>47</sup>. En 1922 se celebraba el cuarto centenario del viaje de Magallanes y Elcano. Los felices años veinte también fueron una época de expansión, una edad dispuesta a reconocer el mismo impulso en el pasado, a sentirse heredera de aquellos pioneros; en cierta manera, a construirlos.

También la publicidad llega a los confines más remotos. Cosas de la globalización, que extiende a los parajes más alejados las formas de ocio y turismo propias de nuestra sociedad burguesa, o si se prefiere, de las democracias avanzadas. En la región que atravesó y nombró Magallanes, en esas tristes soledades que Darwin observó con melancolía, el mismo horizonte infinito donde Bruce Chatwin se hizo escritor e inventó un territorio para fugitivos y exiliados, también hay hoteles que prometen atardeceres inolvidables y descanso donde otros se aventuraron a perderse o incluso naufragaron [figs. 61 y 62]<sup>48</sup>.

La fantasía esférica de rodear la Tierra y compendiarla tiene su correlato literario en dos productos característicos de la cultura

---

47 Ver Javier Puerto, *Ciencia de cámara. Casimiro Gómez Ortega (1741-1818), el científico cortesano*, Madrid: CSIC, 1992.

48 Nos referimos, obviamente, al clásico de la literatura de viajes contemporáneo, publicado originalmente en 1977 en inglés: Bruce Chatwin, *En la Patagonia*, Barcelona: Península, 2014.





Fig. 61. [Etiquetas de hoteles de Magallanes y la Antártida chilena]. BNE, EPH/1219/16.



Fig. 62. [Etiquetas de hoteles de Magallanes y la Antártida chilena]. BNE, EPH/1219/17.



escrita, la enciclopedia y la biblioteca, ambas relacionadas entre sí, afines en cierto sentido.

Libro de libros, toda enciclopedia es un proyecto editorial con vocación de biblioteca, esto es, con afán por abrazar todo el saber. Veamos el frontispicio del primer volumen de la más famosa de todas ellas, la *Encyclopédie* de Diderot y d'Alembert [fig. 63]. Es una imagen icónica de la Ilustración, una época que quiso hacer del conocimiento su empresa más distintiva. Bajo unas columnas jónicas, la verdad resplandece en el centro y se resiste a que la razón y la metafísica le quiten el velo. A izquierda y derecha se derraman las artes liberales y las ciencias, la poesía, la filosofía, la historia, la geometría, las matemáticas, la óptica, y más abajo los oficios mecánicos, todos los saberes científicos y humanísticos, teóricos y prácticos, embarcados en este viaje circular en pos de la verdad.

¿Qué relación guarda esta imagen con la vuelta al mundo? Más de lo que aparenta. La *Enciclopedia* es el otro gran sueño esférico y pedagógico del hombre moderno (ἐνκύκλιος παιδεία, la educación o instrucción circular). La vuelta al mundo y la enciclopedia son dos empresas renacentistas consolidadas en el siglo XVIII. Si Magallanes y Elcano realizaron la primera circunnavegación, Bougainville, James Cook o Malaspina cerraron el círculo. Como vimos, la Ilustración es la época dorada de las navegaciones alrededor del globo y otros proyectos enciclopédicos. Abrazar el mundo y cercarlo es un acto emparentado con reunir todos los conocimientos en un libro o todos los saberes en una biblioteca.

Porque, en efecto, las bibliotecas son espacios que replican de alguna forma o que presencian los viajes que se efectúan alrededor del globo cada vez que un lector comienza su aventura, o sea cada vez que abre un libro. Las bibliotecas están históricamente relacionadas con los estudios, los escritorios, las aulas, los gabinetes y los museos, con cuyas arquitecturas se comunican y a menudo se confunden. Mostrar el mundo es su principal propósito. Antiguamente no estaba claro dónde comenzaba un museo y dónde



Fig. 63. Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert (eds.), *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, 1751-1765. BNE, 5/11280 vol. 1 (frontispicio).

terminaba una biblioteca. Cuando Gracián, por ejemplo, hablaba del «museo del discreto» se refería a la «biblioteca del sabio».

La propia BNE se asienta sobre un edificio que se levantó bajo el nombre de Palacio de Bibliotecas y Museos Nacionales. Las bibliotecas también contienen el mundo y lo exhiben. Como los atlas, las bibliotecas son espacios virtuales donde cabe el universo, todas las cosas que son y las que han sido, los saberes de la naturaleza y las artes, la ficción y el ensayo, el conocimiento de nuestros antepasados y el que se produce hoy en los laboratorios y las universidades de todo el planeta. Leer es la actividad más cercana a viajar, su correlato objetivo. Y viajar significa siempre leer el mundo y escribirlo<sup>49</sup>. Durante siglos se habló del gran libro de la naturaleza, la previsible metáfora de la edad de la imprenta. Leer implica multiplicar la experiencia, ensanchar el horizonte, acceder a regiones inéditas, desvelar el mundo de polo a polo, como la nao Victoria.

Algunas bibliotecas son especializadas, buscan lectores determinados: niños, estudiantes de derecho, expertos en geografía o en botánica. Otras pretenden compendiar todo el saber o al menos todo cuanto sea posible. Aspiran a los 360° del conocimiento humano y aguardan a todo tipo de lectores. Es el caso de la BNE [fig. 64]. Son mundos autorreferenciales, llenos de escaleras y laberintos que se comunican entre sí y que invitan a deambular y a perderse. A dejarse llevar por la curiosidad y la expectativa del próximo hallazgo.

Cualquier repaso circular es necesariamente superficial. Cualquier vuelta al mundo apenas lo roza. Hay que conformarse con sobrevolar las cosas, adivinar desde lejos su densidad y su riqueza. Pero nuestro rodeo sería demasiado incompleto si pasáramos por alto dos cimas de las letras hispánicas.

---

49 Juan Pimentel, *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid: Marcial Pons, 2003.



Fig. 64. Francisco Pimentel, *Little planet de la BNE*, 2019. BNE, 17/300/11.



Fig. 65. Jorge Luis Borges, *El Aleph*, 1971. BNE, 3/190035 (cubierta).



Fig. 66. Julio Cortázar, *La vuelta al día en ochenta mundos*, t. 1, 1979. BNE, HA/63364 (cubierta).

La primera es *El Aleph*, publicado por Jorge Luis Borges en 1949, un cuento de cuentos sobre ese lugar misterioso donde se concentran todas las lecturas y todas las imágenes, «uno de los puntos del espacio que contiene todos los puntos» [fig. 65]. La visión que aguarda en el sótano evoca la de una biblioteca o un viaje alrededor del mundo, un lugar privilegiado donde contemplar «todos los lugares del orbe vistos desde todos los ángulos». En este sentido, Carlos Argentino Daneri, el poeta del relato de Borges, al proponerse «versificar toda la redondez del planeta», retomaba el sueño esférico dibujado por el Atlas Agnese.

Argentino como Daneri y Borges, de nombre Julio como Verne, Cortázar dio otro giro al tema con *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967), una colección de estampas, artículos, críticas musicales o sencillamente desvaríos del maestro de la narrativa breve [fig. 66]. En sus páginas el lector se deja llevar por un escritor que amaba el jazz y que leía los jueves los artículos científicos de *Le Monde* para descubrir y realizar experimentos literarios con la antimateria, las nuevas dimensiones microscópicas y macroscópicas, las realidades antes absurdas y ahora lógicas, alguien dispuesto a explorar las paradojas del mundo y su improbable simetría.

# BIBLIOGRAFÍA

BARTHE, CHRISTINE Y PETER MASON. *Patagonie: Images du bout du monde*. París: Actes Sud-Musée du Quai Branly, 2012.

BEAGLEHOLE, JOHN C. *The life of captain James Cook*. Stanford: Stanford University Press, 1974.

BENITES, MARÍA JESÚS. «La mucha destemplanza de la tierra: Una aproximación al relato de Maximiliano de Transilvano sobre el descubrimiento del Estrecho de Magallanes», *Orbis Tertius*, 2013, vol. 18, n. 19, pp. 200-207.

BROECKE, MARCEL VAN DEN. *Abraham Ortelius, 1527-1598. His life, works, sources and friends*. Bilthoven: Cartographica Neerlandica, 2015.

BROWNE, JANET. *Charles Darwin. Voyaging*. Princeton: Princeton University Press, 1996.

BUISSERET, DAVID. *La revolución cartográfica en Europa 1400-1800*. Barcelona: Paidós, 2004.

BURÓN, MANUEL Y JUAN PIMENTEL. «Hidden or Forbidden. Taboo, Circumnavigation and Women in New Cytherea (1768)», Isabel Burdiel, Ester García-Moscardó and Elena Serrano (eds.). *Histories of Sensibilities: Visions of Gender, Race, and Emotions in the Global Enlightenment*. Londres: Routledge, 2024, pp. 221-238.

CAMPBELL, TONY. «Portolan Charts from the Late Thirteenth Century to 1500», John B. Harley & David Woodward (eds.). *The History of Cartography. Volume 1*. Chicago: University of Chicago Press, 1987, pp. 371-463.

- CHANNING, CARMEN. «El naufragio de la HMS Wager (1741): sus fuentes, ediciones y valor histórico», *Historia* 396, vol. 8, n. 1, 2018, pp. 31-58.
- CHAPLIN, JOYCE E. *Round about the Earth. Circumnavigation from Magellan to Orbit*. Nueva York: Simon & Schuster, 2012.
- CHATWIN, BRUCE. *En la Patagonia*. Barcelona: Península, 2014.
- CLODE, DANIELLE. *In Search of the Woman Who Sailed the World*. Sidney: Pica-dor, 2020.
- CONRAD, JOSEPH. *El espejo del mar*. Barcelona: Orbis, 1988.
- CRANE, NICHOLAS. *Mercator: The Man Who Mapped the Planet*. Nueva York: Henry Holt & Co, 2002.
- CROUCH, TOM D. *Wings. A History of Aviation from Kites to the Space Age*. Nueva York: Norton & Company, 2004.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, JAVIER. «Semper Plus Ultra. Modernidad y transgresión», Javier Fernández Sebastián y Faustino Oncinas (ed.), *Metáforas espacio-temporales para la historia. Enfoques teóricos e historiográficos*. Valencia: Pre-Textos, 2021, pp. 311-340.
- GARCÍA LÓPEZ, DAVID, JOSÉ RAMÓN MARCAIDA Y SERGIO RAMIRO. *Arte y anatomía en el Renacimiento. Juan Valverde de Amusco y la Historia de la composición del cuerpo humano*. Madrid: BNE, 2024.
- GORDON, PETER Y JUAN JOSÉ MORALES. *The Silver Way. China, Spanish America and the birth of globalisation, 1565-1815*. Londres: Penguin, 2017.
- HARRIS, STEVEN J. «Mapping Jesuit Science: The Role of Travel in the Geography of Knowledge», John W. O'Malley et al. (ed.). *The Jesuits. Cultures, Sciences, and the Arts, 1540-1773*. Toronto: University of Toronto Press, 1999, pp. 210-240.
- HOFMANN, CATHERINE Y FRANÇOIS NAWROCK. *Le Monde en sphères*. París: BnF, 2019.
- HORODOWICH, ELIZABETH Y ALEXANDER NAGEL. *Amerasia*. Princeton: Princeton University Press, 2023.
- LAFUENTE, ANTONIO Y ANTONIO MAZUECOS. *Los caballeros del punto fijo: ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*. Barcelona: Serbal, 1987.



- LÁZARO, CARLOS. *Breve historia de los dirigibles*. Madrid: Nowtilus, 2019.
- LÍTER, CARMEN. *La obra de Tomás López: imagen cartográfica del siglo XVIII*. Madrid: BNE, 2002.
- LÍTER, CARMEN, AMADEO SERRA Y FRANCISCA SANCHÍS. *La cartografía de Agnese. La primera vuelta al mundo de Magallanes financiada por Carlos V*. Valencia: Patrimonio Ediciones, 2007.
- MAGRIS, CLAUDIO. *Utopía y desencanto*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- MARCAIDA, JOSÉ RAMÓN. *Arte y Ciencia en el Barroco Español*. Madrid: Marcial Pons, 2014.
- MILANESI, MARICA. *Atlante nautico di Battista Agnese (1553)*. Venecia: Marsilio Editori, 1990.
- NORTON, MARCY. *Sacred Gifts, Profane Pleasures: A History of Tobacco and Chocolate in the Atlantic World*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 2010.
- OSTERHAMMEL, JÜRGEN. *La transformación del mundo: Una historia global del siglo XIX*. Barcelona: Crítica, 2015.
- PIMENTEL, JUAN. «The Iberian Vision. Science and Empire in the Framework of a Universal Monarchy, 1500-1800», *Osiris*, vol 15, n. 1, 2001.
- Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
- PUERTO, JAVIER. *Ciencia de cámara. Casimiro Gómez Ortega (1741-1818), el científico cortesano*. Madrid: CSIC, 1992.
- RAMUSIO, GIOVANNI BATTISTA. *Delle Navigationi et Viaggi*. Venecia: apresso i Giunti, 1613.
- RICO, FRANCISCO. *El pequeño mundo del hombre*. Barcelona: Destino, 2005.
- ROCHER, YANN (dir.). *Globes. Architecture et sciences explorent le monde*. París: Norma Éditions, 2017.
- RODRÍGUEZ COUTO, DAVID. *Imperio y reputación. El viaje de los hermanos Nodal y su mundo*. Madrid: Marcial Pons, 2024.
- SÁENZ-LÓPEZ, SANDRA Y JUAN PIMENTEL. *Cartografías de lo desconocido*. Madrid: BNE, 2017.

SEPÚLVEDA, LUIS. *Mundo del fin del mundo*. Barcelona: Tusquets, 1994.

SERRES, MICHEL Y JEAN-PAUL DEKISS. *Jules Verne, la science et l'homme contemporaine*. París: Le Pommier, 2003.

SIMONS, PATRICIA. «Women in Frames: The Gaze, the Eye, the Profile in Renaissance Portraiture», *History Workshop*, 25, 1988, pp. 4-30.

SLOTERDIJK, PETER. *Esferas*. III vols. Madrid: Siruela, 2017-2018.

SOLER, ISABEL. *Magallanes & co*. Barcelona: Acantilado, 2022.

URBINA, XIMENA Y JUAN PIMENTEL (ed.). *El viaje de Magallanes, 1520-2020*, vol. extraordinario *Magallania*, n.º 48, 2020.

VAILLY, MARTIN. «Poring Over the World at the Court. Coronelli's Globes and the Social Lives of Maps in France (1680-1715)», *Material Culture Review*, vol. 95, 2023, pp. 92-115.

WAGNER, HENRY R. «The Manuscripts Atlases of Battista Agnese», *The Papers of the Bibliographical Society of America*, 1931, vol. 25, pp. 1-110.

WEY GÓMEZ, NICOLÁS. *The Tropics of Empire. Why Columbus sailed South to the Indies*. Cambridge, MA: MIT, 2008.



Catalogación en publicación de la Biblioteca Nacional de España

---

**Pimentel, Juan**

El Atlas Agnese : mapas y libros para dar la vuelta al mundo / texto, Juan Pimentel.  
– [Madrid] : Biblioteca Nacional de España, [2024]

118 páginas ; ilustraciones (blanco y negro y color), 17 cm.  
(Tesoros de la Biblioteca Nacional de España, 12)  
Bibliografía: páginas 115-118

NIPO: 191-24-017-0 (PDF). 191-24-016-5 (impreso).— ISBN: 978-84-92462-98-8

1. Viajes alrededor del mundo – S.XVI – Atlas. 2. Atlas – Obras anteriores a 1800.
3. Portulanos – Obras anteriores a 1800.

I. Biblioteca Nacional. Entidad responsable

910.4(100)"15" (084.4)  
912(100)"15"